AVENTURAS DE UN NIÑO

POR ANDRÉS FERREYRA

LIBRO II

BUENOS-AIRES
ANGEL ESTRADA Y Cía. EDITORES
CALLE BOLIVAR 466

LL
1927
FERR

Biblioteca Nacional de Maestros

00018030

Biblioteca Nacional de Maestros

ANDRES FERREYRA
Profesor Normal, Ex Inspector Técnico General de Instrucción Pública, Catedrático de enseñanza secundaria (jubilado), Officier D'Academie

Duplicado del N° 22049

AVENTURAS

DE

UN NIÑO

LIBRO SEGUNDO

DÉCIMANOVENA EDICIÓN

[ca. 1927]

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

BUENOS AIRES
ANGEL ESTRADA Y CÍA. — EDITORES
466 — CALLE BOLÍVAR — 466

Biblioteca Nacional de Maestros

Es propiedad de los Editores, quienes la ponen bajo el amparo de la Ley N.º 7092.

Biblioteca Nacional de Maestros

PRÓLOGO

Me he propuesto en esta obrita relacionar los sucesos reales e imaginarios de la vida de un niño con los Programas, a fin de ayudar sugestivamente a los maestros en su tarea.

En el libro están tratados sintéticamente los puntos más importantes en que el lenguaje sirve de vehículo al método de enseñanza, tanto para instruir como para educar.

He procurado que el libro despierte el **esfuerzo propio** *del niño en el orden moral, en el intelectual y físico, y que suministre al maestro variadas oportunidades para extender los conocimientos del alumno en toda clase de ideas, relacionándolos por su afinidad, y siguiendo leyes mentales de asociación.*

Partiendo del concepto de que el maestro sabe las cosas contenidas en la obra que ofrezco a los pequeños lectores, y muchas otras, apunto sólo las ideas capitales que, como maestro, hubiera anotado en mi cuaderno de lecciones, a la espera de la oportunidad, ofrecida por el niño, de ampliar el

Biblioteca Nacional de Maestros

grado de conocimientos que tenga, de excitar o moderar su sistema emocional o de predisponerlo a un mayor esfuerzo físico, según el caso.

Queda siempre reservada al maestro la augusta e insubstituible función de regulador psicológico de las facultades en acción del niño, a quien instruye y educa; los descubrimientos sorprendentes de la ciencia actual, no han conseguido todavía mecanizar la obra de los maestros; y seguirán siendo — ¡ojalá para siempre! — los únicos obreros del progreso, inconfundibles con las máquinas.

ANDRÉS FERREYRA.

Biblioteca Nacional de Maestros

La fiesta escolar

En estos momentos toca a su fin el curso escolar, y Andresito se dispone a veranear en grande, cuando terminen las clases.

¡Bien ganado se tiene este descanso, después de haber trabajado todo el año con aplicación y excelente conducta!

Las libretas firmadas por su maestro lo atestiguan claramente: ni una sola mancha ha echado su conducta en las blancas páginas, y su aplicación creciente ha obtenido las más altas notas.

Los padres de Andresito están radiantes de alegría y todas las más bellas esperanzas se cifran en aquel hijo querido.

Biblioteca Nacional de Maestros

Llega, por fin, el día último del curso y todos los niños concurren con sus familias a la escuela, a llamado del maestro, para presenciar las fiestas organizadas con objeto de celebrar la terminación de los cursos.

¡Cómo han de faltar Andresito y sus padres a una fiesta tan simpática! No, por cierto.

Ese día salen a lucir las mejores prendas de vestir, no sólo en la casa de Andresito, sino también en la de todos los niños; y como el Consejo Escolar ha repartido ropas y calzados a los escolares pobres, todo el mundo se presenta de gala en la escuela, como si fuera un día de gran fiesta nacional.

El salón de actos públicos está lleno de gente; sobre una tarima hay una gran mesa cubierta con un largo paño, y encima de ésta un gran tintero con el busto de Sarmiento.

El Consejo Escolar y los maestros presiden el acto, y sobre sus cabezas, colgados en la pared del fondo, se ven los retratos de Belgrano, San Martín y Rivadavia.

Están allí, pues, aquellos cuatro personajes argentinos que tanto bien han hecho durante su vida por la independencia y progreso de la patria; desde allí parece que continúan protegiendo con su sombra venerable los progresos de la República Argentina.

Biblioteca Nacional de Maestros

Cuando las autoridades se hubieron instalado en la mesa, los niños, dirigidos por el maestro de música, entonaron las estrofas oficiales del Himno Nacional, que todos escucharon de pie y con silenciosa reverencia.

El Presidente del Consejo Escolar abrió el acto con un discurso dirigido a las familias, en el cual las felicitaba por el éxito de sus hijos y las animaba a continuar mirando con simpatía la escuela; recordó las virtudes de Belgrano, Rivadavia y Sarmiento, que habían consagrado las mejores fuerzas de su existencia a la enseñanza, para conservar y aumentar los beneficios que San Martín había defendido gloriosamente con la espada, y felicitó a los niños por la terminación de sus tareas.

El maestro dirigió también a los niños una cariñosa alocución, exhortándolos a perseverar en el estúdio y buenas costumbres, y al terminar les dijo que iban a recibir el testimonio de su trabajo anual, para satisfacción de sus padres y familias; pues cada niño tenía conciencia ya de sus propias obras, de su buena o mala conducta, de su poca o mucha aplicación.

Acto continuo fueron llamados, uno por uno a la mesa, los alumnos que pasaban de

Biblioteca Nacional de Maestros

grado y recibieron los certificados de promoción.

Cuando concluyó el reparto de los certificados, la concurrencia empezó a desalojar el salón, y Andresito se retiró también con sus padres, con el corazón lleno de emociones, llevando en su diestra, arrollado y atado con una cinta celeste y blanca, como nuestra bandera, su certificado de promoción, que lo habilitaba desde ese momento, para entrar al grado inmediato superior a aquel que había cursado ese año.

Los padres habían pasado uno de los mejores momentos de su vida, y Andresito estaba satisfecho de haber pagado con su buena conducta y aplicación el sacrificio de sus padres.

Aquel día le recordaba otros parecidos, en alegrías: la Fiesta del Árbol, el 25 de Mayo y el 9 de Julio.

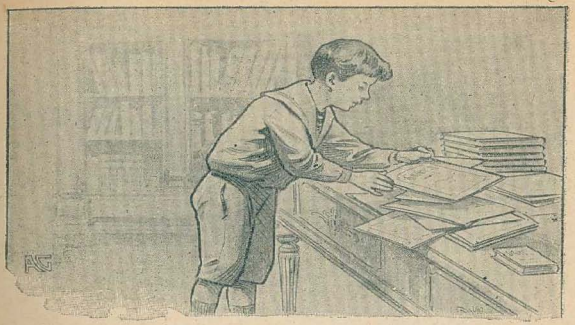
SUGESTIONES

1.° Anécdotas y lecturas referentes a la escuela, al hogar' a Belgrano, Rivadavia, Sarmiento, San Martín y al Himno Nacional.

2.° Versiones sobre fiestas del Árbol, Protección a los animales, 25 de Mayo y 9 de Julio.

3.° Lecturas anecdóticas sobre otros asuntos nacionales. Exposiciones orales y composiciones escritas.

Biblioteca Nacional de Maestros



El cuaderno de Andresito

Andresito, al llegar a su casa, lo primero que hizo fué poner en orden sus libros y papeles; aquellos amigos queridos, con los que había pasado tan buenos momentos.

Entre ellos halló su cuaderno predilecto, el cuaderno de versos, canciones y apuntes que había ido coleccionando durante todo el año, y comenzó a recorrer sus páginas.

En algunas había estrofas y cuentos muy bonitos, anécdotas históricas y lecturas, con todo lo cual Andresito hizo un legajo especial para repasar y distraerse en vacaciones evocando los dulces y alegres recuerdos de la escuela.

Transcritos van a continuación algunos de esos apuntes tan interesantes, que nos ha facilitado el mismo niño:

Biblioteca Nacional de Maestros

La escuela

Escuela, en que la niñez
busca lauro y busca palma,
con la inocencia en el alma
y la tersura en la tez.

Feliz aquella nación
que sepa tu gran destino;
y haga fácil tu camino
y tu elevada misión.

Desde que empieza a vivir
y el pensamiento despierta,
el niño llama a tu puerta,
que le abre su porvenir.

Biblioteca Nacional de Maestros

Ábrela de par en par,
y al que por ella se lanza,
dale aliento y esperanza
y hazle sentir y pensar.

Que brille de sien a sien
sobre su frente la idea,
que ame, que anhele, que lea,
que se enamore del bien.

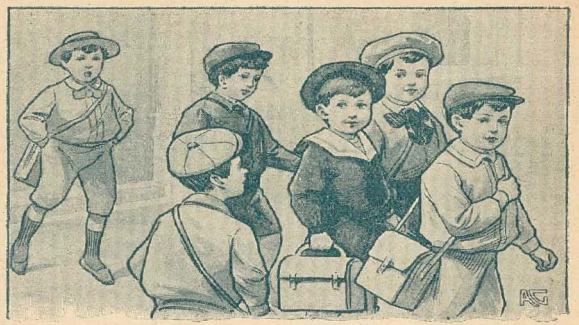
Con la ciencia y el honor,
y la esperanza por guía,
no le embriague la alegría
ni le acobarde el dolor.

Y en la guerra y en la paz,
en la dicha y en la pena,
por honrada y por serena
levante siempre su faz.

Dile cómo ha de vivir,
cómo es la ley que nos rige;
y si la patria lo exige,
dile cómo ha de morir.

Y de este modo darás:
a la humanidad hermanos,
a la patria, ciudadanos;
a sus glorias, muchas más.

Biblioteca Nacional de Maestros



Poesía en prosa

Comienzas a comprender la poesía de la escuela, Enrique; pero ahora no ves la escuela más que por dentro; te parecerá mucho más hermosa y poética dentro de treinta años; cuando vengas a acompañar a tus hijos, y entonces la verás por fuera, como yo la veo.

Esperando la hora de salida, voy y vuelvo por las calles silenciosas que hay en derredor del edificio, y acerco mi oído a las ventanas de la planta baja, cerradas con persianas.

En una ventana oigo la voz de una maestra que dice: "¡Ah! ¡Qué rasgo de t! No

Biblioteca Nacional de Maestros

está bien, hijo mío. ¿Qué diría de él tu padre?"

En la ventana inmediata se oye la gruesa voz de un maestro, que dicta con lentitud: "Compro cincuenta metros de tela... a cuatro pesos cincuenta centavos el metro... los vuelvo a vender..."

Más allá, la maestrita de la pluma roja lee en alta voz: "Entonces, Pedro Mica, con la mecha encendida..."

De la clase próxima sale como un gorjeo de cien pájaros; lo cual quiere decir que el maestro ha salido fuera un momento.

Voy más adelante, y a la vuelta de la esquina oigo que llora un alumno, y la voz de la maestra que reprende á la par que consuela.

Por otras ventanas, llegan a mis oídos versos, nombres de grandes hombres, fragmentos de sentencia que aconsejan la virtud, el amor a la patria, el valor.

Siguen después instantes de silencio, en los cuales se diría que el edificio está vacío; parece imposible que allí dentro haya setecientos muchachos; de pronto se oyen estrepitosas risas, provocadas por una broma de algún maestro de buen humor.

La gente que pasa se detiene a escuchar,

Biblioteca Nacional de Maestros

y todos echan una mirada de simpatía hacia aquel hermoso edificio, que encierra tanta juventud y tantas esperanzas.

Se oye luego de improviso un ruido sordo, un golpear de libros y de carteles, un roce de pisadas, un zumbido que se propaga de clase en clase, y de lo bajo a lo alto, como al difundirse de improviso una buena noticia: es el portero que va a anunciar la hora de salida con la campana.

A este murmullo, una multitud de hombres, de mujeres, de muchachos y de jovenzuelos, se aprieta a uno y otro lado de la salida para esperar a los hijos, a los hermanos, a los nietecillos; entretanto, de las puertas de las clases se deslizan en el salón de espera, como a borbotones, grupos de niños pequeños, que van a tomar sus capotitos y sombreros, haciendo con ellos revoltijos en el suelo, y brincando alrededor, hasta que el maestro los vuelva a hacer entrar uno por uno en clase.

Finalmente, salen en largas filas y marcando el paso.

Entonces comienza de parte de los padres una lluvia de preguntas: ¿Has sabido la lección? ¿Cuánto trabajo te ha puesto? ¿Qué

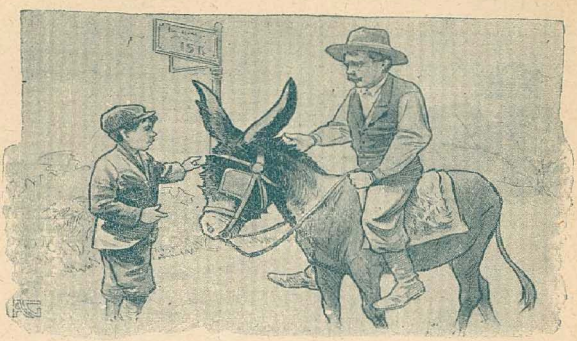
Biblioteca Nacional de Maestros

tenéis para mañana? ¿Cuándo es la prueba mensual?

Y hasta las pobres madres que no saben leer, abren los cuadernos, miran los problemas y preguntan los puntos que han tenido. ¿Solamente ocho? ¿Diez, sobresaliente? ¿Nueve, de lección?

Y se inquietan, y se alegran, y preguntan a los maestros y hablan de programas y de exámenes. ¡Qué hermoso es todo esto! ¡Cuán grande y qué inmensa promesa para el mundo encierra la escuela!

Biblioteca Nacional de Maestros



El guía del ignorante

Recorre largo camino
un joven por vez primera;
alegre y contento sigue;
nada de adverso recela.

Mas de repente el camino,
bifurcándose, presenta
en distintas direcciones
dos muy semejantes sendas.

El paso detiene; duda:
¿qué hacer en tal divergencia?
¿quedar en el propio sitio?
¿seguir a izquierda o derecha?

Biblioteca Nacional de Maestros

Allí, en un poste, se mira
una lámina o tableta
que al pasajero, la ruta
que tomar debe, le muestra;

Pero nunca el mozalbete
quiso asistir a la escuela;
¡el infeliz no conoce
ni por el nombre las letras!

Allí buen tiempo estaría,
si un transeunte no llega,
caballero sobre un asno,
y le dice: — "Buena pieza,

Ya que no entiendes lo escrito
en esa tabla, no pierdas
más tiempo en buscar tu vía;
sigue a mi burro y no temas."

Entristecido y confuso
baja el mozo la cabeza,
al considerar que ¡un asno
le va mostrando la senda!

En la vida, el que ignorante
por su propio querer sea;
el que de los libros huya,
el que la instrucción repela,

Biblioteca Nacional de Maestros

Conducido muchas veces
será por quien menos sepa,
¡y de los burros sociales,
mísero esclavo por fuerza!

Biblioteca Nacional de Maestros

El nido

Mira el árbol que a los cielos
sus ramas eleva erguido;
en ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Son hijos de un ruiseñor
que, en la tarde sosegada,
en la noche, en la alborada,
les canta endechas de amor.

Ellos forman su tesoro,
y en el ramaje sombrío
responde a cada pío, pío,
cual diciendo: "Los adoro."

Biblioteca Nacional de Maestros

Quien los ve se maravilla;
aire y luz les da el espacio
y viven en un palacio
de esparto, plumón y arcilla.

Un rapazuelo atrevido,
destructor, inquieto y malo,
ata una escarpia en un palo
para derribar el nido.

Ya lo abraza con sus manos
cuando enternecido pecho
le grita: — "Piensa en el lecho
en que duermen tus hermanos;

Piénsalo un instante y di:
¿Qué hiciera yo, que esperara,
si un ladrón así matara
a tus hermanos y a ti?"

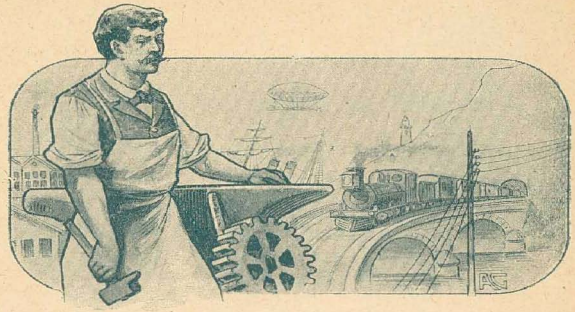
Volvió el rostro con enojos
y halló a su madre, el rapaz,
que, con tristeza en la faz,
y un mar de llanto en los ojos:

"Deja tales desvaríos,
le dice; los seres buenos
cuidan los hijos ajenos
como yo cuido los míos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Ese nido es un hogar,
no lo rompas, no lo hieras;
se bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar."

Biblioteca Nacional de Maestros



Al trabajo

En nuestro siglo inventor,
Que es asombro de la Historia,
Un pueblo trabajador
Sufre y lucha con valor
Para cubrirse de gloria.

Ser libre, ser grande espera,
Guerra mueve al retroceso,
Y no sigue más bandera
Que la que flota altanera
Sobre el altar del progreso.

Forja el hierro incandescente
Y el sudor su frente baña;
Sujeta al rayo estridente,

Biblioteca Nacional de Maestros

Salva el río con el puente,
Con el túnel la montaña.

Puede, con robusto aliento,
A través del mar profundo,
Transmitir el pensamiento:
Si es Montgolfier, burla el viento;
Si es Colón, descubre un mundo.

A su esperanza se abona,
De raíz el mar descuaja;
Y el mismo pueblo pregona
Que alcanza mejor corona
Quien más sufre y más trabaja.

Y en estas embravecidas
Luchas de honra y de nobleza,
Del obrero tan queridas,
Las manos encallecidas
Son títulos de grandeza.

Y laureles de la tierra
Al hombre que lucha audaz;
Que ante el deber no se aterra,
Que es magnánimo en la guerra
Y laborioso en la paz.

Biblioteca Nacional de Maestros

El niño Luis y el perro Abel

Hacia el estudio sentía
el niño Luis afición,
y adelantos conseguía;
más, por desgracia, tenía
muy cruel inclinación.

Gustábale daño hacer
a los seres inferiores,
como si fuera un placer,
y no quería atender
consejos de sus mayores.

Biblioteca Nacional de Maestros

Con gran placer destrozaba
cuantos nidos de jilgueros
descubría y alcanzaba;
y en el martirio gozaba
de sus pobres prisioneros.

Su padre un perro tenía
de Terranova, muy fiel;
llamábase el perro Abel,
y maltratarle solía
el niño, artero y cruel.

Al golpe de aquel tirano,
el noble perro inocente
quejábase amargamente;
más no mordía la mano
que le azotaba atrozmente.

Si gran daño recibía
se echaba a los pies del niño
y aun parece que sentía
con el dolor, más cariño,
porque los pies le lamía.

Existe un canal cercano
al lugar de estos sucesos,
el cual riega todo el llano,
y va a un bosque comarcano
de matorrales espesos.

Biblioteca Nacional de Maestros

Tendido en la verde alfombra
y al borde de este canal
se hallaba el perro leal,
durmiendo en la fresca sombra
que allí ofrece el matorral.

Cuando a pasar acertó
el muchacho casualmente,
quien, así que el perro vió,
el proyecto concibió
de arrojarlo en la corriente.

Hízolo así, más pagó
muy pronto el niño su mal,
pues con tal fuerza empujó,
que al agua también cayó
después del pobre animal.

Entonces vióse una cosa
admirable... el perro Abel,
con agilidad pasmosa,
de una muerte desastrosa
libró al muchacho cruel.

Y ya fuera del canal,
con instinto delicado,
en aquel florido prado,
libre del riesgo mortal
dejó al niño desmayado.

Biblioteca Nacional de Maestros

Y perdonando injusticias,
propias de niños traviesos,
pagó tamaños excesos
colmándole de caricias,
con lamidos que eran besos.

Después, aullando, llamó,
en su socorro a la gente;
ésta acudió diligente,
y sin más pena acabó
tan peligroso accidente.

Desde entonces, se ha enmendado
el niño Luis, en lo vivo
de su corazón tocado;
su perro Abel le ha enseñado
a ser bueno y compasivo.

Pésale su mala acción
y sus instintos brutales;
y en cualquiera reunión,
recomienda compasión
y amor a los animales.

Biblioteca Nacional de Maestros

Ayuda mutua

En la escuela todos vosotros necesitáis que, de vez en cuando, se os ayude o se os preste algún favor.

Hoy, le falta a uno un lápiz, y muy contento está de que su vecino le preste uno; tal vez mañana le suceda a éste olvidar su pluma, y entonces aquél se la prestará.

Así es cómo uno de vosotros presta, a su vez, un favor a su compañero.

Hacéis por él lo que ha hecho o hará, tarde o temprano, por vosotros.

Si os amparáis mutuamente en la escuela, no ha de ser porque os parezca prudente procedér de ese modo, lo que sería poco

Biblioteca Nacional de Maestros

generoso, sino porque así lo quiere la justicia, la bondad, la abnegación.

Tened presente que vuestros compañeros comparten, durante la mayor parte del día, vuestros estudios y vuestros juegos. ¿Acaso no son un tanto vuestros hermanos? ¿No es vuestro deber tratarlos como tales?

Ahora y siempre, ayudaos y amparaos mutuamente.

Un niño travieso quiere hacer una mala pasada a uno de sus compañeros, y para ello os pide vuestra ayuda; otro niño, no sabiendo su lección, os pide se la apuntéis, cuando le toque darla.

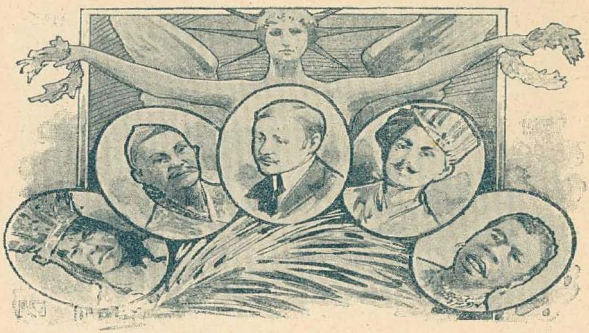
¡En estos casos, ni en otros semejantes, debéis, niños queridos, prestaros ayuda unos a otros, porque jamás se ha de prestar ayuda para cometer una mala acción!

Al ayudar a vuestro compañero a hacer rabiar a otro o a engañar al maestro, sois tan culpables como ellos y no aminoráis su falta en nada.

A veces, es menester mucho valor para resistir al cariño que se les tiene a los amiguitos, dejándolos amonestar o castigar cuando lo han merecido.

Debemos tener tanta firmeza para evitar el mal como para hacer el bien.

Biblioteca Nacional de Maestros



Fraternidad universal

¡Naciones del Mundo!
en sólido haz
romped las odiosas
cadenas del mal.
No puede el cobarde
la dicha alcanzar,
ni escucha las voces:
"¡Venid, si me amáis!"
que del labio brotan
de la humanidad.
No fatigue al hombre
del oro la sed;
ni la vida ajuste

Biblioteca Nacional de Maestros

al vil interés.
Es glorioso triunfo
digno y bueno ser:
son grandes los pueblos
que aman la honradez.
Huye la ignorancia,
que es sombra y baldón,
brille de las ciencias
el augusto sol.
El alma se inunda
de luz y de amor:
"Verdad y justicia"
es lema mejor.
¡Oh, razas humanas!
las manos os dad:
recibid el ósculo
de amor fraternal.
Al progreso unidas
y a la gloria vais;
recoged los frutos
de la libertad.

Biblioteca Nacional de Maestros

No trabajamos sólo para nosotros

Una niña que acababa de comer un durazno, tiró el hueso.

Un anciano lo alzó y lo metió dentro de la tierra de la cercana quinta. La niña se echó a reir y dijo: "¡Vaya una idea! El pobre viejo habrá muerto antes de que se críe ahí un durazno."

Muchos años transcurrieron. El anciano murió.

La niña, que se había ido a vivir a otro país, volvió algunos años más tarde, cuando ya se había hecho una señora.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pasó por aquel camino un día caluroso de verano y con mucha sed.

Vió a un joven que cogía duraznos de un árbol próximo al camino y le pidió uno a fin de calmarla.

El joven accedió con gusto a su petición, y le dijo:

— Este árbol fué plantado por mi abuelo, que había alzado un hueso de durazno tirado por una niña.

La mujer recordó entonces el hecho, y en su corazón rindió gracias al buen anciano, que había sido previsor, no para sí mismo, sino para los que vivieran después de él.

El que es verdaderamente bueno piensa tanto en los demás como en sí mismo en todas las circunstancias de la vida.

* * *

Niño, encuentras muy rico el pedazo de pan que tu madre te ha dado para merienda y lo comes con apetito.

Encuentras muy cómodo un abrigo en el invierno, un sombrero de paja en el verano y un buen calzado en los días de lluvia.

Dices que es muy agradable andar por las calles de noche, cuando están bien alumbradas, limpias y en buen estado

Biblioteca Nacional de Maestros

¿Sabes a quién debes todo eso? A la sociedad, es decir, a la agrupación de individuos que se han reunido para ayudarse mutuamente.

También debes a la sociedad el aprender en la escuela tanta cosa buena, que instruye tu espíritu y forma tu corazón.

No puedes vivir sino en la sociedad y para la sociedad.

Para ella trabajas y ella trabaja para ti.

Hazte útil a tus semejantes con tu actividad y buena conducta.

* * *

Cuatro niñas se juntan para jugar; cada una trae sus juguetes, sus muñecas, sus mejores libros, a fin de que todas, aprovechándolos, jueguen con ellos.

Pero sucede que una de ellas se apodera de los libros, juguetes y muñecas y no permite a ninguna que los toque.

En seguida las otras tres niñas se separan de ella; la sociedad que habían formado no puede continuar, pues la justicia, que es la base de cualquier sociedad, no reina entre ellas.

Lo propio sucede en la gran sociedad humana.

Biblioteca Nacional de Maestros

Para que pueda subsistir, es necesario que se apoye en una idea de justicia.

No se ha de creer que uno tiene todos los derechos, mientras que a otro le incumben todos los deberes; es necesario que cada cual reciba el salario de su trabajo, la recompensa de sus esfuerzos.

Es necesario también que cada uno sea respetado y reconozca a los demás los mismos derechos que se reconoce a sí mismo.

Niños, aprended a practicar la justicia en la escuela, a fin de que la practiquéis con facilidad en la vida.

Cuando se le devuelve a cada uno lo que se le debe y no se perjudica al prójimo, como también cuando se trata con perfecta igualdad, hay justicia.

Cuando se dice: "Somos todos hermanos, y como hermanos o hermanas que somos debemos querernos, ayudarnos y socorrernos", hay fraternidad.

* * *

Dos mujeres tienen cada una un niño. No son ricas y las dos trabajan para mantener a sus queridos hijitos.

Mas sucede que una de las dos cae enferma.

Biblioteca Nacional de Maestros

¿Qué será de su hijito?

¿Quién lo mantendrá y cuidará?... Entonces, la otra mujer dice a la que padece: "No se preocupe de nada mientras dure la enfermedad; su niño será mi niño, trabajaré para él. Mi hijo compartirá con el suyo cuanto tenga."

La pobre enferma se sonríe y el agradecimiento llena su corazón.

Eso es fraternidad.

No es obligatoria como la justicia, pero los que la practican sienten en su corazón una alegría infinita.

Amaos y ayudaos unos a otros.

Biblioteca Nacional de Maestros

La solidaridad

Ser solidarios los unos de los otros, es participar en parte cada cual de las desgracias de los demás y considerar como un deber acudir a su remedio.

El egoísta desconoce la solidaridad, puesto que todo lo destina a sí mismo y no se preocupa más que de su bienestar personal.

El avaro desconoce igualmente la solidaridad, pues toda su energía y actividad las emplea en acumular dinero para sí, sin pensar en los demás.

El imprevisor, que vive al día, no conoce tampoco la solidaridad, puesto que se expone a ser una carga para la sociedad, sin jamás

Biblioteca Nacional de Maestros

haber contribuído por su parte al bien común.

Practiquemos la solidaridad.

La mutualidad es una de las hermanas de la solidaridad, puesto que ella hace que los hombres coloquen ciertos recursos en común, en previsión de sus días de enfermedad o de vejez.

Practiquemos la mutualidad.

La caridad es otra de las hermanas de la solidaridad, pues ella nos conduce a amar a nuestros semejantes y a acudir en su ayuda.

Practiquemos la caridad.

Vicente es un buen hombre, pero es descuidado en exceso.

Con tal de tener trabajo, comer regularmente e ir de vez en cuando al teatro, se cree el más feliz de los hombres.

Es, además, un buen marido, incapaz de dar un mal disgusto a su mujer.

Al entregarle con toda regularidad su paga, dice cada vez: "Toma, ahí tienes el principio del primer millón."

Un día que Vicente tenía mucho calor, yendo a su trabajo recibió un aguacero y permaneció con su ropa humedecida durante todo el día.

Al día siguiente, amaneció con fiebre, y el médico comprobó una pulmonía.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los ahorros desaparecieron bien pronto, y Vicente tuvo que vivir del crédito; y cuando recobró su salud, fué pagando sus deudas paulatinamente, y durante un año la alegría no asomó a su rostro.

La lección le fué provechosa: Vicente, enseñado por la experiencia, solicitó su inscripción en una sociedad de socorros mutuos, con el propósito de tener derecho al socorro reglamentario, si la enfermedad volvía a llamar a su puerta.

No esperemos a que los males sobrevengan para prevenirnos.

Los obreros y todos los que viven al día, hállanse de pronto sin recursos cuando las enfermedades les impiden trabajar; y por tanto, están obligados a contar con la buena voluntad de sus vecinos o de sus amigos.

Éstos, no teniendo para sí mismos sino lo necesario, están igualmente obligados a no desatender su trabajo, y por consiguiente poca es la ayuda que pueden prestarles.

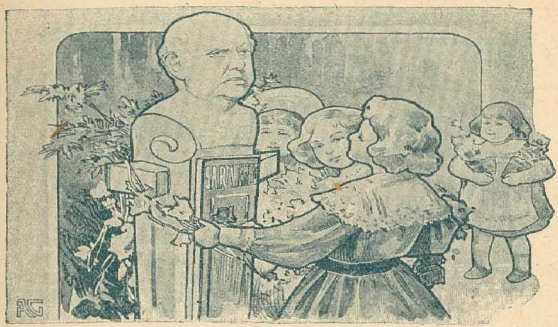
Ésta es la causa por la cual han ideado constituir un fondo común en el que los asociados, todos los meses y aun todos los sábados, depositan cierta pequeña suma ya establecida, la que multiplicada por el número de socios, no deja de ser importante.

Biblioteca Nacional de Maestros

De esta manera la carga es tan ligera, que hasta los más pobres la soportan sin esfuerzos, y el beneficio es de tanta consideración, que si las enfermedades sobrevienen, no sólo reciben gratuitamente la visita del médico de la sociedad y los remedios provistos por el farmacéutico, sino también una pequeña suma en dinero que reemplaza hasta cierto punto el salario del obrero.

El obrero que forma parte de una sociedad de socorros mutuos no depende de nadie.

Biblioteca Nacional de Maestros



Enseñar al que no sabe

Radiante sol de ilustración, que alumbras
Las ciudades, las villas y los campos,
Mostrando con tus rayos esplendentes
De paz y unión los paternales lazos.

Del pensamiento en la región sin lindes
Muestra tu albor el porvenir soñado,
Y esencia eres del bien que el alma ofrece,
En cáliz del saber, su aroma grato.

¡Ilustración!... su fuerza poderosa
Sostiene la virtud, honra el trabajo,
Y la industria florece ante su brillo,
Legando al mundo sus productos varios.

Biblioteca Nacional de Maestros

Ella, de noble empeño precursora,
Prepara de los genios esforzados
Levantadas empresas, que en los pueblos
Vense aplicar, su bienestar labrando.

¡Ah! cuando falta tu vital impulso,
Surge el error que con obscuro manto
Envuelve el crimen en siniestros pliegues
Sobre caduca sociedad flotando.

Si oís marcar del delicuente un día
Su infame acción, que promovió el escándalo,
Dando lugar a que la honrada gente
Lanzar pudiera sobre el hecho el fallo,

Averiguad también si ese mal hijo,
Que el Código rasgó con torpe mano,
Del camino del mal vió la pendiente
Antes de dar en él su primer paso.

Porque a muchos que yerran la ignorancia
Los impulsa con vértigos extraños,
Y es digno de piedad el que su mente
No iluminó de ilustración el rayo.

Perdón y olvido al que ignorante peca;
Pero ofrecedle de instrucción el báculo,
Para que apoyo en él encuentre siempre,
Si a bastarda pasión se inclina el ánimo.

Perdonad, enseñando al que no sabe,
Y seguiréis del bien emblema santo,
Dando, a la par, la luz a quien sus ojos
Tiene a la luz de la razón cerrados.

Biblioteca Nacional de Maestros

SUGESTIONES

1.ª Anécdotas sobre la amistad. — Justicia y caridad.

2.ª El espíritu de asociación y fraternidad reina hasta entre los seres inferiores.

3.ª El hombre nace en sociedad, en ella crece, de ella recibe innumerables beneficios y a ella está obligado hasta el sacrificio.

4.ª Asociaciones de beneficencia y mutuo socorro. — Su constitución y beneficios.

5.ª Instituciones públicas que socorren al desvalido y nos preservan del mal con la contribución de todos los ciudadanos: hospitales, manicomios, casas de expósitos, de huérfanos, pensiones y jubilaciones del Estado, cárceles, asilo de inmigrantes, etc.

6.ª Caridad particular y beneficencia colectiva.

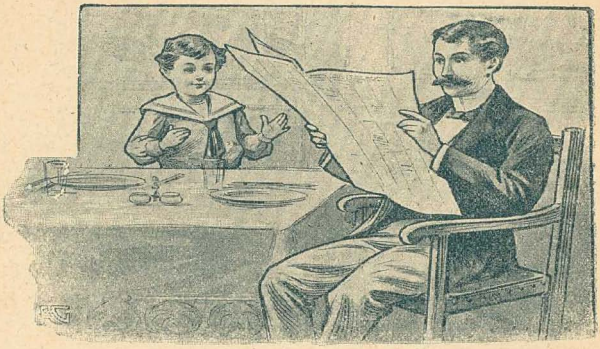
7.ª Los usureros.

8.ª Deberes de los ricos para con los pobres.

9.ª El lujo al lado de la miseria.

10ª. Nadie debe codiciar los bienes ajenos.

Biblioteca Nacional de Maestros



El maestro de mi padre

He aquí como relata el mismo Andresito en la memoria que ha empezado a escribir, una aventura hermosa de su vida; dice así:

¡Qué expedición tan hermosa hice ayer con mi padre! He aquí cómo.

Anteayer, al comer, leyendo el periódico, mi padre saltó de repente con una exclamación de maravilla. Luego añadió:

—"¡Y yo que le creía muerto hace veinte años! ¿Sabéis que todavía vive mi primer maestro de escuela, Fermín Rodríguez, que tiene ochenta y cuatro años? Veo que el Ministerio le ha dado un diploma de honor

Biblioteca Nacional de Maestros

por sus años de enseñanza y la jubilación con sueldo íntegro. Sesenta años, ¿lo entendéis?

"Y no hace más que dos que ha necesitado dejar de dar clase.

"¡Pobre Rodríguez! Vive a una hora de ferrocarril de aquí, en C..., el pueblo de nuestro antiguo jardinero."

Y luego añadió:

Andrés, iremos a verle.

Y en toda la tarde no se habló más que de él.

El nombre de su maestro de escuela le traía a la memoria mil cosas de cuando era muchacho, de sus primeros compañeros, de su madre, ya difunta.

— "Rodríguez — exclamaba — tenía cuarenta años cuando yo iba a la escuela.

"Me parece estarle viendo.

"Un hombrecillo un poco encorvado ya, con los ojos claros y la cara siempre afeitada.

"Severo, pero de buenas maneras, que nos quería como un padre, sin dejarnos pasar nada.

"A fuerza de estudios y de privaciones había llegado á maestro, desde trabajador del campo.

"Un hombre honrado. Mi madre le pro-

Biblioteca Nacional de Maestros

fesaba gran afecto, y mi padre le trataba como a un amigo.

"¿Cómo ha ido a parar a C... desde la capital?

"No me reconocerá, ciertamente. No importa. Lo reconoceré yo. Han pasado cuarenta y cuatro años.

"¡Cuarenta y cuatro años! Andrés, iremos a verle mañana."

En marcha

Ayer de mañana, a las nueve, estábamos en la estación del Sud.

¡Qué hermosa mañana de primavera!

El tren corría por entre verdes prados y

Biblioteca Nacional de Maestros

sotos floridos; se percibía un aire cargado de perfumes.

Mi padre estaba contento, y a cada paso me echaba su brazo al cuello y me hablaba como a un amigo, mirando al campo.

"—¡Pobre Rodríguez!—decía.—Él es el primer hombre que me quiso después de mi padre.

"No he olvidado nunca ciertos buenos consejos suyos, ni tampoco algunos regaños desabridos que me hacían volver a casa con el corazón triste.

"Aun le estoy viendo entrar en la escuela; ponía su bastón en un rincón, colgaba su abrigo en la percha, siempre con los mismos movimientos.

"Todos los días con el mismo humor, concienzudo, atento y lleno de cariño, como si siempre fuera la primera vez que diera clase.

"¡Cómo habrá cambiado después de cuarenta y cuatro años!"

Llegada

Apenas llegamos a C..., fuimos en busca de nuestro antiguo jardinero, que tiene una tenducha en una callejuela.

Biblioteca Nacional de Maestros

Lo encontramos con sus muchachos, nos recibió con mucha alegría.

Luego nos enseñó la calle para ir a la casa del maestro, a quien todos conocen.

Salimos del pueblo, y tomamos un caminito en cuesta, flanqueado de setos en flor.

Mi padre ya no hablaba: parecía total-

mente absorto en sus recuerdos, y tan pronto sonreía como sacudía la cabeza.

De repente se detuvo, y dijo:

—¡Ahí está! ¡apostaría cualquier cosa que es él!

Venía bajando hacia nosotros, por el ca-

Biblioteca Nacional de Maestros

minillo, un viejo pequeñito, de barba blanca, con ancho sombrero y apoyado en su bastón: arrastraba los pies y le temblaban las manos.

—Él es—repitió mi padre—apresurando el paso.

Cuando estábamos cerca, nos detuvimos.

El viejo también se detuvo y miró a mi padre.

Todavía tenía la cara fresca y los ojos claros y vivos.

—¿Es usted—preguntó mi padre, quitándose el sombrero—mi maestro don Fermín Rodríguez?

El viejo también se quitó el sombrero y respondió con voz algo temblona, pero llena:

—Yo soy.

—Pues bien—dijo mi padre cogiéndole la mano,—permita apretar su mano a un antiguo discípulo y preguntarle cómo está. He venido de la capital para ver a usted.

El viejo lo miró asombrado. Luego dijo:

—Es demasiado honor para mí... no sé... ¿Cuándo ha sido mi discípulo? perdóneme si le pregunto. ¿Cuál es su nombre, por favor, por favor?

Mi padre le dijo su nombre, el año que había ido a su escuela y dónde, y añadió:

Biblioteca Nacional de Maestros

—Usted no se acordará de mí, es natural. ¡Pero yo le reconozco tan bien!

El maestro inclinó la cabeza y se puso a mirar al suelo, pensando y murmurando por dos o tres veces el nombre de mi pa-

dre; el cual, entretanto, le miraba con los ojos fijos y sonrientes.

De pronto, el viejo levantó la cara, con los ojos muy abiertos, y dijo con lentitud:

—¿Conque... hijo del ingeniero?... ¿Aquél que vivía en la plaza Principal?

—Aquél—respondió mi padre, cogiéndole las manos.

—Entonces...—dijo el anciano—permítame, querido señor, permítame...

Biblioteca Nacional de Maestros

Y habiéndose levantado, abrazó a mi padre. Su cabeza blanca apenas le llegaba al hombro a mi padre.

Éste apoyó la mejilla sobre su frente.

—Tenga la bondad de venir conmigo— dijo el maestro.

Y sin hablar más, se volvió y emprendió el camino hacia su casa.

Los recuerdos

En pocos minutos llegamos a un corral delante de una casa pequeña con dos puertas, una de ellas con el dintel blanqueado al rededor.

El maestro abrió la segunda y nos hizo entrar en un cuarto. Cuatro paredes blancas; en un rincón, un catre de tijera con colchas de franjas blancas y azules; en otro, la mesita con una pequeña librería; cuatro sillas y un viejo mapa clavado en la pared: ¡qué olor tan rico a manzanas!

Nos sentamos los tres.

Mi padre y el maestro se estuvieron mirando en silencio un momento.

—¡Ya, ya!—exclamó el maestro, fijando su mirada sobre el suelo de ladrillos, donde el sol pintaba un tablero de ajedrez.—¡Oh!

Biblioteca Nacional de Maestros

me acuerdo bien. ¡Su señora madre era una señora tan buena!... Usted, en el primer año, estuvo una temporada en el banco de la izquierda, cerca de la ventana. ¡Vea usted si me acuerdo! ¡Me parece que estoy viendo su cabeza rizada!

Luego se quedó un rato pensativo.

"¡Era muchacho vivo! ¡Vaya! ¡Mucho!

"El segundo año estuvo enfermo del crup.

"Me acuerdo cuando volvió usted a la escuela, delgado y envuelto con una bufanda.

"¡Cuarenta años han pasado! ¿No es verdad? Ha sido muy bueno al acordarse de su maestro.

"Han venido otros en años anteriores a

Biblioteca Nacional de Maestros

buscarme, antiguos discípulos míos: un coronel, sacerdotes, varios señores."

Preguntó a mi padre cuál era su profesión.

Luego, dijo:

"Me alegro, me alegro de todo corazón. Se lo agradezco. Hacía ya tanto tiempo que no veía a nadie, que tengo miedo de que usted sea el último.

—¡Quién piensa en eso! — exclamó mi padre. — Usted está bien y es robusto; no debe decir semejantes cosas.

—¡Eh, no! — respondió el maestro. — ¿No ve usted este temblor?

Y enseñó las manos.

"Ésta es mala señal: me atacó hace tres años, cuando todavía estaba en la escuela.

"Al principio no hice caso; me figuré que pasaría. Pero, al contrario, fué creciendo.

"Llegó un día en que ya no podía escribir.

"¡Ah! Aquel día, la primera vez que hice un garrapato en el cuaderno de un discípulo, fué para mí un golpe mortal.

"Aun seguí adelante algún tiempo, pero al fin no pude más, y después de sesenta años de enseñanza, tuve que despedirme de la escuela, de los alumnos y del trabajo.

"Me costó mucha pena.

"La última vez que dí lección me acom-

Biblioteca Nacional de Maestros

pañaron todos hasta casa y me festejaron mucho; pero yo estaba triste y comprendía que mi vida había acabado.

"El año anterior había perdido a mi mujer y a mi hijo único.

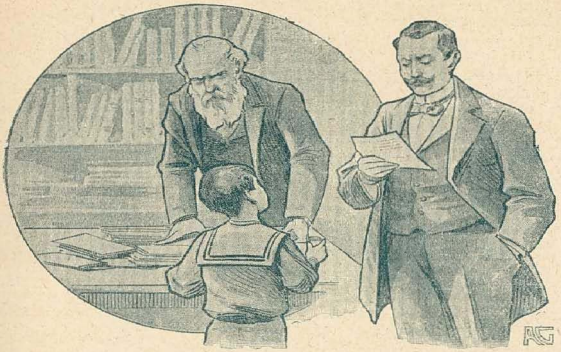
"No me quedaron más que dos nietos labradores.

"Ahora vivo con algunos cientos de pesos que me dan de pensión, pero me ha hecho muy feliz el diploma de honor que me ha dado el gobierno.

"No hago nada, y me parece que los días no concluyen nunca. Mi única ocupación consiste en hojear mis viejos libros de escuela, colecciones de periódicos escolares y algún libro que me regalan.

"Allí están — dijo señalando a la pequeña biblioteca; — allí están mis recuerdos, todo mi pasado... ¡No me queda más en el mundo!

Biblioteca Nacional de Maestros



La primera plana

Luego, cambiando de improviso, dijo alegremente:

—Voy a proporcionar a usted una sorpresa, querido señor.

Se levantó y acercándose a la mesa, abrió un cajoncito largo que contenía muchos paquetes pequeños, atados todos con un cordón, y con una fecha escrita de cuatro cifras.

Después de buscar un momento, abrió uno, hojeó muchos papeles, sacó uno amarillento y se lo presentó a mi padre.

¡Era un trabajo suyo de hacía cuarenta años! En la cabeza de la plana había escrito el nombre de mi padre y la fecha.

Biblioteca Nacional de Maestros

Mi padre al momento reconoció su letra gruesa, de chico, y se puso a leer sonriendo.

Pero de pronto se le nublaron los ojos. Yo me levanté para preguntarle qué tenía.

Me pasó un brazo en derredor de la cintura, y apretándome contra él, me dijo:

—Mira esta hoja. ¿Ves? Éstas son las correcciones de mi pobre madre. Ella siempre me duplicaba las erres.

"Las últimas líneas son todas suyas.

"Había aprendido a imitar mi letra, y cuando estaba cansado y tenía sueño, terminaba el trabajo por mí.

"¡Santa madre mía!"

Y besó la página.

—He aquí—dijo el maestro, enseñando los otros paquetes,—¡mis Memorias! Cada año ponía aparte un trabajo de cada uno de mis discípulos, y aquí están numerados y ordenados. Muchas veces los hojeo, y así, al pasar, leo una línea de uno, otra línea de otro, y vuelven a mi mente mil cosas, que me hacen resucitar tiempos añejos.

"¡Cuántos han pasado, querido señor!

"Yo cierro los ojos y empiezo a ver caras y más caras, clases y más clases, cientos y cientos de muchachos, de los cuales, quién sabe cuántos han muerto ya.

Biblioteca Nacional de Maestros

"De muchos me acuerdo bien. Me acuerdo bien de los mejores y de los peores, de aquellos que me han dado muchas satisfacciones, y de aquellos que me hicieron pasar momentos tristes; los he tenido verdaderamente endiablados, porque en tan gran número no hay más remedio.

"Ahora, usted lo comprende, estoy ya como en el otro mundo y a todos quiero igualmente."

Mi abuelita

Se volvió a sentar, cogiendo una de mis manos entre las suyas.

—Y de mí—preguntó mi padre, riéndose,—no recuerda alguna travesura?

—¿De usted, señor?—respondió el anciano con la sonrisa en los labios;—no, por el momento. Pero no quiere esto decir que no me las hiciera. Usted tenía, sin embargo, juicio y era serio para su edad.

"Me acuerdo el cariño tan grande que le tenía su señora madre... ¡Qué bueno ha sido y qué atento al venir a verme aquí! ¿Cómo ha podido dejar sus ocupaciones para llegar hasta la morada de un viejo maestro?

—Diga, señor Rodríguez,—respondió mi

Biblioteca Nacional de Maestros

padre, con viveza: — ¿Recuerda la primera vez que mi madre me acompañó a su escuela? Era la primera vez que debía separarse de mí, por dos horas, y dejarme fuera de casa, en otras manos que las de mi padre, al lado de una persona desconocida.

"Para aquella buena criatura, mi entrada en la escuela era como la entrada en el mundo, la primera de una larga serie de separaciones necesarias y dolorosas: era la sociedad que le arrancaba por primera vez al hijo, para no devolvérselo jamás por completo. Estaba conmovida y yo también.

"Me recomendó a usted con voz temblorosa, y luego, al irse, me saludó por la puerta entreabierta, con los ojos llenos de lágrimas.

"Precisamente en aquel momento usted le hizo un ademán con una mano poniéndose la otra sobre el pecho, como para decirle: — Señora, confíe en mí. — ¡Pues bien: aquel ademán suyo, aquella mirada, por la cual me di cuenta de que usted había comprendido todos los sentimientos, todos los pensamientos de mi madre, aquella mirada que quería decir: — ¡Valor! — aquel ademán, que era una honrada promesa de protección, de cariño y de indulgencia, jamás lo he ol-

Biblioteca Nacional de Maestros

vidado; me quedó esculpido en el corazón para siempre; aquel recuerdo es el que me ha hecho salir de la Capital.

"Heme aquí, después de cuarenta y cuatro años, para decirle: — ¡Gracias, querido maestro!"

El maestro no respondió; me acariciaba los cabellos con la mano, la cual temblaba, saltando de los cabellos a la frente, de la frente a los hombros.

Entretanto, mi padre miraba aquellas paredes desnudas, aquel pobre lecho, un pedazo de pan y una botellita con aceite que tenía sobre la ventana, como si quisiera

Biblioteca Nacional de Maestros

decir: — Pobre maestro, después de sesenta años de trabajo, ¿es éste tu premio?

Pero el pobre anciano estaba contento y comenzó de nuevo a hablar con viveza de nuestra familia, de otros maestros de aquellos años, y de los compañeros de escuela de mi padre, se acordaba de algunos, pero de otros, no: mi padre interrumpió la conversación para suplicar al maestro que bajase con nosotros al pueblo para almorzar.

Él contestó con espontaneidad:

— Se lo agradezco, muchas gracias.

Pero parecía indeciso.

Mi padre, cogiéndole ambas manos, le suplicó una y otra vez.

— ¿Pero cómo voy a arreglarme — dijo el maestro — para comer con estas pobres manos, que siempre están bailando de este modo? ¡Es un martirio para los demás!

— Nosotros le ayudaremos, maestro, — dijo mi padre.

Aceptó, moviendo la cabeza y sonriendo.

— Hermoso día — dijo cerrando la puerta de fuera: — ¡un día hermoso, querido señor!

Le aseguro que me acordaré mientras viva.

Biblioteca Nacional de Maestros

Almorzando

Mi padre dió el brazo al maestro, éste me cogió por la mano, y bajamos el caminito.

Encontramos dos muchachitas descalzas que conducían vacas, y un muchacho que pasó corriendo con una gran carga de paja al hombro.

El maestro nos dijo que eran dos alumnas y un alumno que por la mañana llevaban las bestias al pasto y trabajaban en el campo y por la tarde se ponían los zapatitos e iban a la escuela.

Era ya cerca del mediodía. No encontramos a nadie más.

Biblioteca Nacional de Maestros

En pocos minutos llegamos al hotelito, nos sentamos a una gran mesa, colocándose el maestro a la cabecera y empezamos en seguida a almorzar.

La casa estaba silenciosa como un convento.

El maestro rebosaba de alegría, y la emoción aumentaba el temblor de sus manos; casi no podía comer.

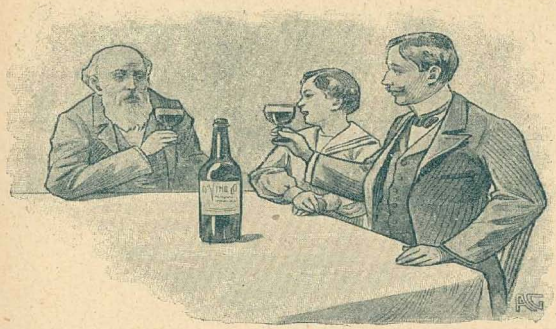
Pero mi padre le partía la carne, le preparaba el pan, y le ponía la sal en los manjares.

Para beber era necesario que tomase el vaso con las dos manos, y aun así le golpeaba contra los dientes.

Charlaba mucho, con calor, de los libros de lectura, de cuando era joven, de los horarios de entonces, de los elogios que los superiores le habían otorgado, de los reglamentos de los últimos años, sin perder su fisonomía serena, más encendida que en un principio, con la voz simpática y la cara animada de un muchacho.

Mi padre no se cansaba de mirarle, con la misma expresión con que a veces le sorprendo yo, cuando me mira en casa, pensando y sonriendo a solas, con la cabeza algo inclinada hacia un lado.

Biblioteca Nacional de Maestros



El brindis

Al maestro se le vertió el vino sobre el pecho, y mi padre se levantó y le limpió con la servilleta.

—¡No, eso no, señor, no lo permito!—decía riéndose.

Pronunciaba algunas palabras en latín.

Al fin, levantó el vaso, que le temblaba en la mano, y dijo con mucha seriedad:

—A su salud, querido señor... a la de sus hijos y a la memoria de sus ¡buenos padres!

—¡A vuestra salud, mi buen maestro!—respondió mi padre apretándole una mano.

En el fondo de la habitación estaban el

Biblioteca Nacional de Maestros

posadero y otros, que miraban y sonreían de tal modo, que parecía que gozaban en aquella fiesta en honor del maestro de su pueblo.

Pasadas las dos de la tarde, salimos, y el maestro se empeñó en acompañarnos a la estación.

Mi padre le dió el brazo otra vez, y él me cogió de nuevo de la mano; yo le llevaba el bastón. La gente se detenía a mirar, porque todos le conocían; algunos le saludaban.

Cuando llegamos a determinado sitio del camino, oímos muchas voces que salían de una ventana, como de muchachos que leían juntos.

El viejo se detuvo y pareció entristecerse.

—He ahí, querido señor mío—dijo—lo que me da pena: oir la voz de los muchachos en la escuela, y no estar con ellos y pensar que está otro. He escuchado sesenta años esta música, y mi corazón estaba hecho a ella.

Ahora estoy sin familia. Ya no tengo hijos.

—No, maestro—le dijo mi padre reanudando la marcha;—usted tiene ahora muchos hijos esparcidos por el mundo, que se

Biblioteca Nacional de Maestros

acuerdan de usted, como me he acordado yo siempre.

—No, no—respondió el maestro con tristeza;—ya no tengo escuela, ya no tengo hijos. Y sin hijos no puedo vivir más. Pronto sonará mi última hora.

—No diga eso, maestro, no lo piense—repuso mi padre.—De todos modos, ¡usted ha hecho tanto bien!... ¡Ha empleado su vida tan noblemente!...

El viejo maestro inclinó un momento su blanca cabeza sobre el hombro de mi padre, y me apretó la mano.

La despedida

Habíamos entrado ya en la estación. El tren iba a partir.

—¡Adiós, maestro!—dijo mi padre abrazándole y besándole la mano.

—¡Adiós, gracias, adiós!—respondió el maestro, cogiendo con sus temblonas manos una de mi padre, que apretaba contra su corazón.

Luego le besé yo; tenía la cara mojada por las lágrimas.

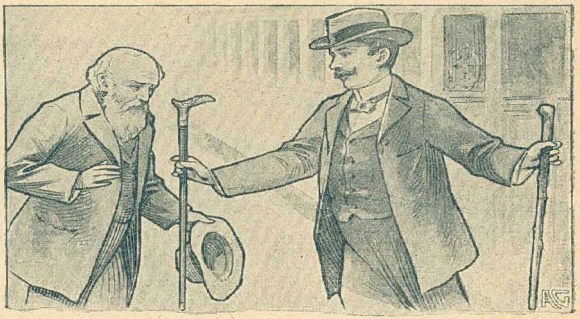
Mi padre me empujó hacia dentro del coche y en el momento de subir cogió con

Biblioteca Nacional de Maestros

rapidez el tosco bastón que llevaba el maestro en su mano, poniéndole en su lugar una hermosa caña con puño de plata y sus iniciales, diciéndole:

—Consérvela en mi memoria.

El viejo intentó devolvérsela y recobrar la suya; pero mi padre estaba ya dentro y había cerrado la portezuela.



—¡Adiós, mi buen maestro!

—¡Adiós, hijo mío—contestó él (el tren se puso en movimiento)—y Dios le bendiga por el consuelo que ha traído a un pobre viejo!

—Hasta la vista—gritó mi padre con voz conmovida.

Biblioteca Nacional de Maestros

Pero el maestro meneó la cabeza, como diciendo:

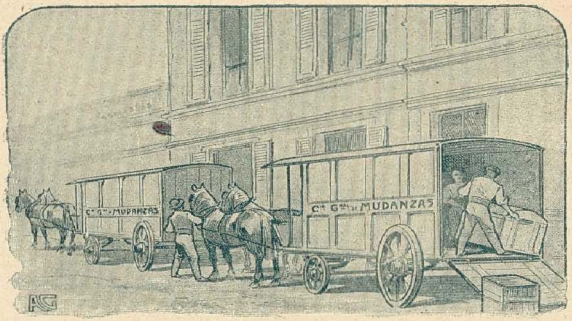
—No, ya no nos veremos más.

—Sí, sí—repitió mi padre; —hasta la vista.

Él respondió levantando su trémula mano al cielo:

—¡Allá arriba! y desapareció a nuestra vista, en la misma postura señalando con la mano al cielo.

Biblioteca Nacional de Maestros



La mudanza

Andresito ha entrado en francas vacaciones y no sabe aún la sorpresa que le reserva su padre.

Con curiosidad observa que todas las personas de su casa se ocupan en hacer lios, llenar baúles y embalar muebles, y no acierta a comprender la causa.

Su padre, que ha visto el placer con que Andresito hacía sus excursiones al campo, ha resuelto pasar fuera de la ciudad las vacaciones, a cuyo efecto ha reunido una buena parte de sus economías, ha adquirido una estanzuela, adonde piensa llevar a su familia, y ésta es la razón del movimiento

Biblioteca Nacional de Maestros

que se observa en la casa; están de mudanza.

Andresito salta de alegría al saberlo; cada minuto que pasa le parece un siglo.

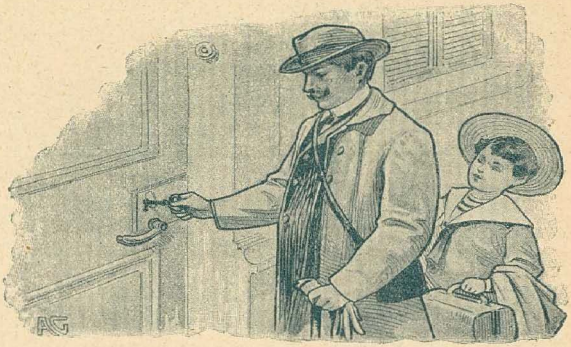
Por fin, llegan los carros y cargan con una parte del moblaje, y Andresito pregunta por qué no se llevan lo demás.

El padre le contesta que sólo pasarán las vacaciones en el campo, y que después volverán a vivir en la ciudad, para que pueda ir nuevamente a la escuela.

—¿Y cómo?— dice Andresito: —¿en el campo no hay escuelas?

—Sí, hijo mío,— replica el padre,— pero están a grandes distancias, debido a la escasez de población; y precisamente cerca de nuestra estancia no hay ninguna.

Biblioteca Nacional de Maestros



La partida

El equipaje está listo y los carros se ponen en marcha.

La familia abandona la casa, el padre echa la llave a la puerta, se la entrega a una vecina, que la cuidará y sacudirá el polvo en su ausencia, y Andresito con sus padres se dirige a la estación del ferrocarril.

Una vez en la estación, el padre saca los pasajes, recoge las guías de los equipajes y se instala con su familia en un coche.

Andresito espera impaciente el silbato de la locomotora; por fin, suena la campana, el guardatrén toca el pito, la máquina hace

Biblioteca Nacional de Maestros

oir su poderosa voz, el convoy da una ligera sacudida y el tren parte, dejando columnas de humo y vapor en su trayecto.

Pronto se pierde de vista la estación, el observatorio, las señales, las casas, y se ve el convoy en pleno campo, en pleno aire, tanto más fresco cuanto más acelera su marcha el tren.

—¡Qué agradable aire!—dice Andresito mirando por la ventanilla;—¡qué lindos campos! ¡cómo está todo verde y lleno de vida!

¿Cuándo llegamos, papá, a la estancia?

—No te impacientes hijo mío; aun debe hacer el tren muchos kilómetros para que lleguemos a nuestro destino.

Biblioteca Nacional de Maestros

La provincia

— Mientras tanto, iremos viendo y sabiendo qué pueblos dejamos atrás. A propósito he traído este mapa de bolsillo que representa la provincia, en la cual estamos.

Mira, aquí está la ciudad principal. Es la capital de la provincia, porque en ella residen las primeras autoridades.

— ¿Y qué son las primeras autoridades? — interrumpe Andresito.

— Son el Gobernador, el Vicegobernador, que lo substituye si llega a faltar el primero, la Legislatura y la Suprema Corte de Justicia.

Además de estas autoridades, que forman el Poder Ejecutivo, el Poder Legislativo y el Poder Judicial, hay otras autoridades, pero los poderes principales son esos, y de ellos dependen todos los demás.

— ¿Y qué hacen esos tres poderes de que me has hablado papá? — preguntó Andresito.

— El Poder Legislativo establece anualmente las contribuciones que han de pagar los habitantes para costear los servicios públicos de utilidad general y fija el número de empleados que han de cuidar de dichos servicios. Tiene, además, la alta facultad de

Biblioteca Nacional de Maestros

enjuiciar y destituir al Gobernador, Vicegobernador y miembros de la Suprema Corte de Justicia, por delitos o faltas en el cumplimiento de sus deberes.

También determina las divisiones del territorio; autoriza la movilización de milicias para la seguridad de la provincia; dicta las leyes de sueldos, pensiones, jubilaciones y recompensas; concede privilegios de invención dentro de la provincia; y puede dictar todas aquellas leyes que sean de interés general y que no correspondan a los poderes nacionales.

El Poder Ejecutivo es el jefe de todos los empleados; hace cumplir las leyes que dicta el Poder Legislativo; presenta a la Legislatura proyectos de ley; toma parte en sus discusiones por medio de los Ministros; puede conmutar la pena que los jueces impongan por algunos delitos; da cuenta a la Legislatura de la marcha de la Provincia; convoca a los ciudadanos a elecciones, y puede también convocar a los miembros de la Legislatura extraordinariamente; hace recaudar las rentas, y las invierte de acuerdo con las leyes; es el jefe de las milicias provinciales, cuando son necesarias, y nombra sus jefes y oficiales.

Biblioteca Nacional de Maestros

Nombra también todos los demás empleados para cuyo nombramiento no tenga que intervenir la Legislatura.

El Poder Judicial debe ser desempeñado por la Suprema Corte de Justicia, Cámara de Apelaciones y Jueces de los asuntos civiles y comerciales, Tribunales para los asuntos criminales, Jueces de Paz y Tribunales Militares.

La Suprema Corte resuelve las cuestiones que se susciten entre los poderes públicos y entre los Tribunales de Justicia; interpreta las leyes en caso de discusión y puede declararlas nulas en cada caso.

Interviene en las causas en que se aplica a un criminal la pena de muerte y en los casos de reducción de penas y determina el régimen interno de las cárceles.

Ya ves, hijo, como los tres poderes están sometidos a reglas que impidan a cada una erigirse en gobierno exclusivo; cada cual tiene sus funciones, y cuando se desvían de ellas, los demás se encargan de encarrilarlo.

Todo eso está determinado en una ley suprema que se llama Constitución de la Provincia, y ésta se funda en la Constitución Nacional, que es la ley suprema de la Nación Argentina.

Biblioteca Nacional de Maestros

—¿Y dime, papá, quién les ha dado facultad para que gobiernen a esos hombres que se llaman Gobernador y Vicegobernador, Diputados Senadores y Jueces? ¿Quién los ha nombrado?

—Hijo mío, todo poder nace del pueblo; el pueblo es el soberano, pero gobierna por medio de representantes que él mismo elige, cada tanto tiempo, para renovar a los anteriores.

***

—Volvamos al mapa — añadió el padre. Hemos salido de la Capital con dirección al Sur; aquí tienes la brújula y puedes ver el rumbo que tomamos, puesto que tú ya la sabes manejar.

Andresito tomó la brújula en su mano y vió efectivamente que la brújula marcaba la dirección que su padre le indicaba.

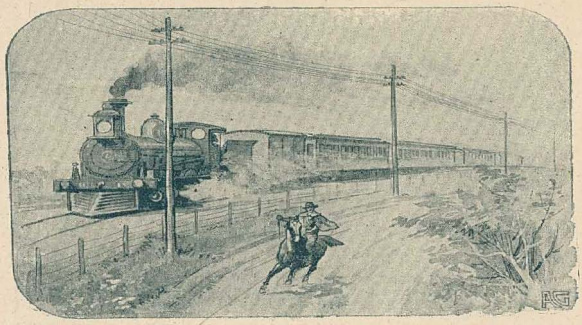
En el trayecto fueron señalando con un lápiz en el mapa los pueblos por donde pasaban, y observando las desviaciones que hacía la aguja, cuando el tren cambiaba algo su dirección.

Andresito observó que a los costados de la vía, suspendidos en postes, había unos

Biblioteca Nacional de Maestros

alambres, y preguntó a su padre qué significaban.

Su padre le dijo que ese era el telégrafo, es decir, un medio rápido de comunicación



entre unos pueblos y otros. Que por esos alambres se transmitían noticias de cualquier punto a otro, con mucha facilidad, y que esas noticias se llamaban telegramas.

—Cuando lleguemos a nuestra residencia, te llevaré a la estación del telégrafo para que veas cómo funciona; más para que puedas comprender bien estas invenciones, tienes aún que estudiar muchas cosas.

Al mismo tiempo, vió Andresito que más allá de la vía del tren había un camino por

Biblioteca Nacional de Maestros

el cual iba un convoy de carretas en la misma dirección, y su padre le dijo que era un medio primitivo de transporte y comunicación, que poco a poco iba desapareciendo, debido a los ferrocarriles, que hacían el trayecto en menos tiempo y con menores incomodidades.

—¿Te vas dando cuenta, Andresito, cómo es de grande la Tierra? Pues has de saber que aun no hemos salido de un pedazo pequeñísimo de ella, y ya hemos andado, sin embargo, muchos kilómetros.

Hay gentes que se han pasado toda la vida viajando y no han alcanzado a ver más que una pequeña parte.

Pero como son muchos los que viajan como nosotros, se han hecho libros y mapas que nos facilitan el conocimiento de toda la Tierra, sin necesidad de que la recorramos personalmente.

—Nosotros podríamos hacer ahora, en un papel, el itinerario que recorremos, y ese sería un mapa de ferrocarril; pero como tú debes comprender, ya está hecho por los que han construído esta línea férrea y aquí lo ves indicado en el mapa de bolsillo que estamos mirando.

En él puedes ver toda la provincia, con

Biblioteca Nacional de Maestros

sus límites, vías de comunicación, pueblos importantes, lagunas, tierras sembradas, tierras de pastoreo, arboledas y demás datos que necesitemos.

Mapas como éste se venden en las librerías, referentes a cada provincia y a toda la República Argentina.

Los hay también que reproducen toda la superficie de la Tierra y se llaman Planisferios ó Mapamundi, cuando están impresos en una hoja de papel; y globos terrestres cuando están impresos sobre una esfera, representando la forma de la Tierra.

En el mapa puedes ver, Andresito, cómo están unidos unos pueblos con otros por medio de caminos de líneas de ferrocarril y de telégrafos, para estrechar las relaciones de la familia argentina y facilitar el cambio de los productos.

También puedes observar que hay vías numerosas y arroyos que cruzan en muchos puntos la provincia y sirven para regar las tierras adyacentes, y algunos para la navegación y transporte de ganados y vegetales.

En ellos van a beber y a bañarse los numerosos rebaños que forman la gran riqueza de nuestras provincias, además de la agricultura.

Biblioteca Nacional de Maestros

—Toma, hijo mío, este otro mapa que representa la provincia dividida en porciones menores.

En cada una de ellas hay autoridades que se encargan del orden, de la enseñanza, de la higiene y progreso de la localidad, y de resolver las cuestiones que puedan suscitarse entre los habitantes.

Estas autoridades son la Policía, el Consejo Escolar, la Municipalidad y los Jueces de Paz, etc.

Su objeto es asegurar la vida y los bienes de cada habitante para que puedan trabajar en paz en libertad, porque todos los hombres son iguales ante la ley.

Las Municipalidades están encargadas de realizar obras de utilidad común, como los paseos y los caminos, de vigilar los teatros, casas de negocio, fábricas, etc., para que se cumplan las ordenanzas sobre la higiene, ornato y buenas costumbres.

Tienen a su cargo los establecimientos de beneficencia, los asilos de inmigrantes y otras funciones.

Los municipales son elegidos directamente por el pueblo.

Los Consejos Escolares están encargados de vigilar y administrar las escuelas.

Biblioteca Nacional de Maestros

La patria

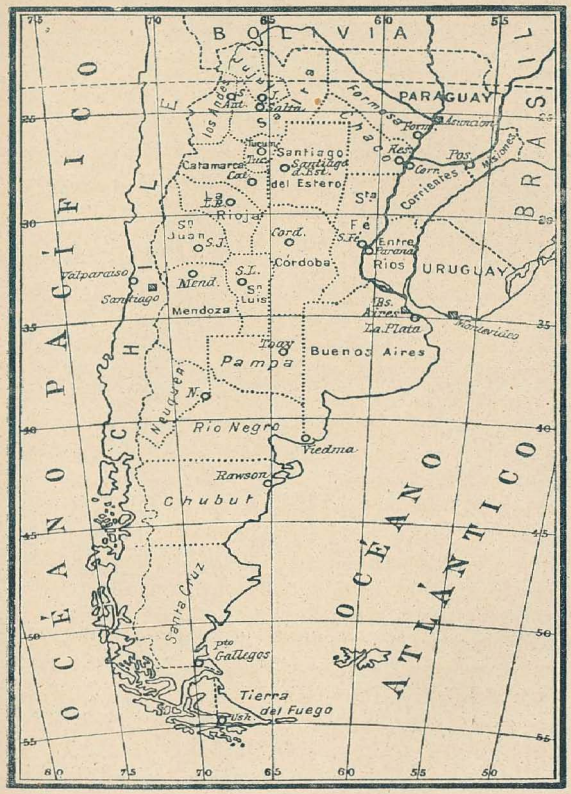
—Aquí tienes, Andresito, —dijo el padre, sacando un rollo de la valija, — un mapa de la República Argentina, nuestra patria, nuestra nación, nuestro país.

Estas divisiones que ves en el mapa son las demás provincias argentinas: todas forman, con nuestra provincia, una gran familia y por eso se llaman provincias hermanas.

Todas las provincias tienen una bandera común y reconocen un mismo escudo, que se llama escudo nacional. En todas las provincias se canta el mismo Himno Nacional que en la nuestra, y los nombres de San Martín, Belgrano, Rivadavia, Sarmiento y otros muchos son venerados igualmente en Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos, Corrientes, Córdoba, San Luis, Santiago del Estero, Catamarca, Tucumán, San Juan, Mendoza, La Rioja, Salta y Jujúy, es decir, en las catorce provincias argentinas.

Y has de saber que, aunque cada una tiene sus autoridades, todas reconocen una autoridad superior, que se llama Gobierno Nacional, el cual reside en la Capital Federal,

Biblioteca Nacional de Maestros



Biblioteca Nacional de Maestros

y está formado por el Poder Ejecutivo, el Poder Legislativo y el Poder Judicial.

Todas las provincias concurren a formar el Gobierno Nacional. Esta unión de las provincias constituye la gran familia argentina, la unidad nacional.

Las autoridades de la Nación están constituídas en forma parecida a la de las provincias, pero en su elección interviene toda la República.

El Poder Legislativo o Congreso está formado por dos Cámaras, una de Diputados y otra de Senadores.

Los Diputados son elegidos directamente por el pueblo de la provincia y de la Capital.

El Senado se compone de dos Senadores de cada provincia, elegidos por sus Legislaturas, y dos por la Capital Federal, elegidos por una convención de electores elegidos éstos por el pueblo.

El Presidente y el Vicepresidente de la Nación, son elegidos por electores de la Capital y de cada provincia, debiendo cada uno designar como electores a doble número del total de Diputados y Senadores que envían al Congreso.

Los electores son elegidos directamente por el pueblo.

Biblioteca Nacional de Maestros

El Poder Judicial está formado por una Corte Suprema y demás Tribunales inferiores establecidos por el Congreso en el territorio de la Nación.

Los Jueces que forman la Corte Suprema y demás Tribunales Federales inferiores son nombrados por el Poder Ejecutivo, con acuerdo del Senado Nacional.

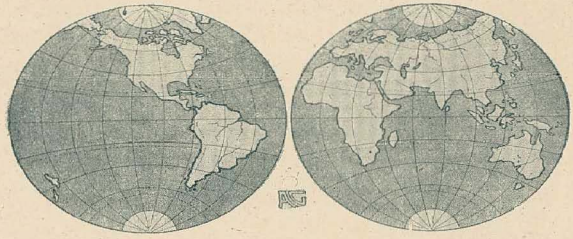
*
* *

—Volvamos al mapa. Estas otras diez divisiones que ves en el mapa, se llaman territorios o gobernaciones nacionales; con el tiempo, cuando tengan suficiente número de habitantes, serán declarados y erigidos también en provincias; por ahora dependen directamente del Gobierno Nacional y en ellos, lo mismo que en las provincias, la bandera, el escudo, el himno y los recuerdos gloriosos de nuestros grandes hombres, son igualmente venerados.

Dichos territorios se llaman así: Misiones, Formosa, Chaco, Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego y los Andes.

Ahora, toma esta otra carta geográfica y verás la posición que ocupa la República Argentina en el Globo Terrestre.

Biblioteca Nacional de Maestros



El Mundo

Así diciendo, el padre de Andresito extrajo de la valija un globo terrestre y otro mapa, y tomando el globo, dijo:

Aquí tienes, hijo mío, la Tierra en miniatura; tiene la forma de una bola, de una pelota, de una naranja.

En esta parte está la República Argentina, rodeada de otras naciones, que, como la nuestra, tienen sus gobiernos y territorios. Por este lado está el océano Atlántico, aquí están las repúblicas de Chile, Bolivia, Paraguay, Brasil y Uruguay, que rodean a nuestra patria y mantienen con nosotros relaciones amistosas, nos mandan sus productos en cambio de los nuestros, nos envían sus representantes, y nosotros también, para atestiguarnos recíproca amistad. Son

Biblioteca Nacional de Maestros

países amigos del nuestro; ni nosotros pasamos los límites de nuestro territorio, sino para visitarlos y ofrecerles nuestras mercaderías, ni ellos tampoco.

Vivimos en paz, como buenos amigos.

Más allá hay otras repúblicas que se llaman Perú, Venezuela, Ecuador, Colombia y Panamá, y algunas posesiones de Inglaterra, Holanda y Francia, que ocupan gran parte del territorio denominado las Guayanas.

Todo ese conjunto de países toma el nombre de América del Sur; después está la América Central y en seguida la América del Norte.

Tienes del otro lado del globo terrestre otras grandes extensiones de tierra que se denominan Europa, Asia, África y Oceanía.

Cada una de estas grandes divisiones lleva el nombre de Continente, y en ellas hay también otras naciones que mantienen con la nuestra relaciones amistosas y que nos mandan sus productos y representantes en cambio de los nuestros.

A través del mar inmenso que nos separa, van y vienen constantemente buques cargados de viajeros y de producciones, y por debajo del agua pasan los cables o hilos telegráficos, por medio de los cuales nos

Biblioteca Nacional de Maestros

mandamos pedidos y noticias con suma rapidez, lo mismo que por encima de la tierra, como has observado cuando hablamos de los alambres del telégrafo.

En este mapa están representadas todas las partes del Mundo en una superficie plana: por eso se llama Planisferio a Mapamundi.

Ya ves que la República Argentina es una pequeña parte del Mundo, si bien es más grande que todas las repúblicas vecinas, exceptuando el Brasil.

Su padre le mostró entonces un cuadrito en que se compara el valor de nuestra patria con el de otras naciones, y Andresito lo estudió con mucha atención.

En el momento en que Andresito concluía de leer el cuadro y admirar la cantidad de ganado que tiene la República, comparada con otras naciones, llamaron a almorzar, y Andresito quedó sorprendido al ver cómo se comía estando el tren en marcha, lo mismo que en una hostería o casa de familia.

Terminado el almuerzo, volvió la familia a su coche y después de charlar agradablemente y reposar un buen rato, Andresito preguntó a su padre si no tenía más mapas que mostrarle.

—Tengo—replicó su padre—un álbum

Biblioteca Nacional de Maestros

de vistas y descripciones de cosas curiosas de la República Argentina, y algunas otras partes del Mundo; helo aquí.

Y así diciendo, sacó de la valija un elegante cuaderno, ricamente encuadernado, del que nosotros vamos a hojear algunas páginas.

— Toma, Andresito, — le dijo; — éste es el regalo que te tenía reservado, como recuerdo por los ratos felices que has hecho pasar a tus padres y maestros en el año que ha transcurrido.

El niño, humedecidos los ojos de agradecimiento, besó y abrazó a su padre y comenzó a hojear el cuaderno.

Al fin de este libro, van insertas algunas de las cosas más interesantes que contiene el álbum de Andresito.

SUGESTIONES

1.° El sistema electoral de la Provincia y de la Nación, practicado por los mismos niños.

2.° Asegurar la noción de gobierno por la de orden y armonía social.

3.° Los representantes del pueblo y la libertad del sufragio. — Deberes y derechos del ciudadano.

4.° El abandono del voto por parte de los ciudadanos engendra los malos gobiernos, las oligarquías y los despotismos.

Biblioteca Nacional de Maestros

5.° Explicación de los términos que aparecen en las lecturas.

6.° Exposición de otras vistas de carácter geográfico, social, industrial, tendientes a señalar los progresos de la civilización humana.

7.° Lecturas geográficas y cívicas hechas por el maestro y referidas por los niños. Considero muy buenas las «Lecturas Geográficas», por J. M. Aubín.

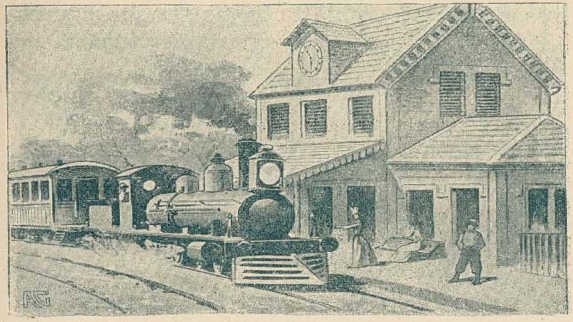
8.° Estudios de los accidentes geográficos, fauna y flora.

9.° Cartografía de las cosas estudiadas.

10.° Viajes reales o imaginarios y composiciones.

11.° Cuadro comparativo de la población, industria, comercio, etc., entre la República Argentina y las demás naciones.

Biblioteca Nacional de Maestros



¡Ya estamos!

Tan entretenidos iban padre e hijo en la conversación y contemplación del álbum, que no habían notado que el tren hacía alto en la estación terminal de su viaje. Fué la madre de Andresito la que le llamó la atención y les dijo que ya habían llegado.

Apresuradamente guardó el padre los mapas en la valija, y toda la familia bajó al andén, donde ya los esperaba el mayordomo de la estancia, con un coche y algunos peones para cargar el equipaje.

A pocas cuadras de la estación se divisaba una casita blanca, medio escondida entre hermosos árboles y rodeada de ver-

Biblioteca Nacional de Maestros

des sembrados; más allá estaba el campo, lleno de animales pastando libremente, y a un costado de las casitas se divisaban las cabañas y criaderos de aves y los ranchos de paja y barro de los peones de la estancia.

Un almuerzo criollo, carne al asador y un magnífico puchero, esperaba al patrón y a su familia; y mientras tanto, la peonada vivaqueaba con sabrosos churrascos y mate amargo al rededor de la hoguera.

Los perros, gatos y aves domésticas sueltas se arrimaban también a ella, olfateando los desperdicios del almuerzo.

No obstante el apetito que el aire puro del viaje les había despertado, Andresito comió impaciente, mirando a cada rato el petizo ensillado que lo esperaba relinchando y piafando cerca de la casa.

Con el último bocado y limpiándose apenas la boca, salió del comedor; y sin dar tiempo a su padre para hablarle, montó a caballo y salió al galope, hambriento, no de comida, sino de aire, luz y espacio.

Sus padres quedaron perplejos, y lo llamaron repetidas veces; pero ya Andresito estaba lejos y no oyó las voces que le daban.

— "Esta salida precipitada después del almuerzo y el apuro con que ha comido el

Biblioteca Nacional de Maestros

niño,—decía su padre,—le pueden hacer mal; hoy ni se ha lavado la boca, como de costumbre lo hace."

Enfermo

¡Pobres padres! Están afligidos por la brusca desaparición del niño.

El padre monta a caballo y sale a buscarlo; poco le cuesta darle alcance con el caballo; pero cuando lo encuentra, lo halla al lado del noble petizo, sosteniendo las riendas y haciendo penosas arcadas: se ha enfermado del estómago; y era de preverse, pues había comido con apresuramiento, sin

Biblioteca Nacional de Maestros

masticar bien la comida, y en seguida había hecho aquel ejercicio violento: aquello era una indigestión seguramente.

Más muerto que vivo, el niño es levantado en brazos por su padre y puesto en la silla del caballo.

El padre monta con el niño y lleva de tiro el petizo; y así llegan a la casa, en que los espera llorando la pobre madre.

—No te asustes, le dice el esposo, no se ha golpeado; es una descompostura de estómago lo que tiene y pronto le pasará.

—En seguida le daremos una infusión de manzanilla, flor de tilo, hojas de naranjo y le pondremos paños calientes al estómago.

Dicho y hecho; a la hora el niño está mejor, han desaparecido los vómitos y se queda dormido tranquilamente. Todo el peligro ha desaparecido y vuelve a renacer la alegría en el corazón de los afligidos padres.

Al día siguiente, se administra al niño un purgante, y veinticuatro horas después está bueno del todo; pero la lección que ha recibido no se le olvidará tan pronto.

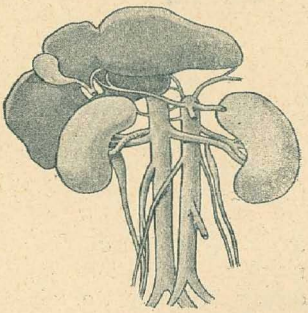
Biblioteca Nacional de Maestros

La causa del mal

Andresito está confuso ante su padre, que le dice:

—¡Mala cabecita! Hace dos días nos has dado un susto mayúsculo; nos has hecho sufrir mucho al verte enfermo. Has sido im-

Esófago y boca.



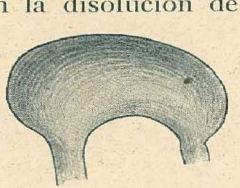
Hígado y riñones.

prudente por ignorancia, y hoy me he propuesto sacarte de ella, para que no incurras otra vez en ligerezas como la que cometiste, comiendo de prisa y saliendo con tanta impaciencia a caballo.

Biblioteca Nacional de Maestros

Tu enfermedad ha sido una indigestión, es decir, que has entorpecido, por el apuro, el trabajo del estómago.

Mira esta lámina, aquí está la boca que se encarga de triturar los alimentos con los dientes y de empaparlos con la saliva, la cual contiene unas substancias poderosas que preparan la disolución de los alimen-



Estómago.

tos. Como tú comiste tan apurado, y no masticaste bien las cosas, ni las insalivaste convenientemente, el bolo alimenticio pasó al estómago por la faringe sin la preparación natural que le hace la masticación y la insalivación.

Hizo el esófago la deglución; tragaste los alimentos a la fuerza y el estómago los recibió, pero se reservó el derecho de castigarte por tu apresuramiento y de avisarte que no debes cargarlo con las funciones de

Biblioteca Nacional de Maestros

los dientes y de las glándulas salivares que están en la boca.

El estómago no quiere saber de otro trabajo que no sea el de la quimificación, o sea el de convertir los alimentos, preparados por la boca, en quimo, para lo cual se agrega un jugo llamado gástrico, que acaba de disolver las substancias que recibe trituradas e insalivadas.

Aquí termina su función el estómago, que dura de tres a cinco horas, y entonces los alimentos disueltos pasan al duodeno, por el píloro, donde sufren la tercera transformación merced a ciertos jugos que suministran el hígado, el páncreas y el intestino, convirtiéndose en un líquido blanco, lechoso, muy rico en grasa que se llama quilo.

Por tal motivo, esta operación recibe el nombre de quilificación.

Si alguna de estas operaciones se entorpece, toda la maquinaria se descompone, y tú ya sabes lo que sucede después. Es, por lo tanto, indispensable tomar alimentos sanos, sin exceso, a horas determinadas, y procurando no interrumpir las funciones de los órganos de la digestión.

Cuando comemos apurados, cuando no trituramos bien, cuando no insalivamos con-

Biblioteca Nacional de Maestros

venientemente las cosas, o tomamos aguas impuras y bebidas alcohólicas, se producen indigestiones, cólicos o dolores de vientre, y a veces enfermedades más graves, como el tifus, la fiebre tifoidea, el cólera, envenenamientos, etc.

La falta de aseo en la boca trae también desarreglos estomacales, lo mismo que el uso del tabaco, y el abuso de las substancias ácidas, grasas, espirituosas y picantes.

Una de las precauciones más convenientes para asegurarse contra las fiebres intestinales es beber el agua bien filtrada, o en su defecto hervida.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los alimentos y las bebidas

Aprovecho esta oportunidad, Andresito, para instruirte respecto de ciertas cosas, que te han de ser muy útiles toda la vida.

—Sí, papá, el castigo que acabo de recibir por mi glotonería, me incita a escucharte con atención.

—Pues bien, hijo mío, las substancias sólidas o líquidas que introducimos en el estómago por la boca con el nombre de alimentos, están destinadas a reconstruir la sangre que gastamos constantemente en los distintos actos de la vida. El estómago es como el hornillo de una máquina en que, de tiempo en tiempo, el maquinista debe

Biblioteca Nacional de Maestros

echar combustible, para que no se extinga el fuego y pueda conservarse con vapor la caldera que pone en movimiento todo el mecanismo.

No debe haber ni poco ni mucho carbón; si es poco, no alzará el vapor suficiente; si es mucho, puede reventar la caldera.

Lo mismo es, hijo mío, el cuerpo humano: un complicado mecanismo cuya marcha debe regularse con grandes precauciones, si queremos conservarnos sanos y animosos para el trabajo.

Nuestros sabios se ocupan de estudiar los mejores alimentos; de averiguar cuáles son las substancias venenosas y nocivas, y en qué cantidad y condiciones nos conviene tomarlas.

Así han averiguado que las mejores carnes son las que nos proporcionan los mamíferos y las aves, que las carnes rojas convienen más a los jóvenes y adultos, y las blancas a los niños, a los ancianos y a los enfermos.

Son carnes rojas la de vaca, carnero, cerdo, liebre, etc., y blancas las de ternera, cordero, cabrito, conejo, aves, pescado, moluscos, etc.

Ante todo, es menester cerciorarse de que

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

las carnes no provienen de animales enfermos o cansados, y bueno es desconfiar de las aves que se compran muertas, y de pescados que hieran el olfato o el gusto. Los vendedores de mala fe suelen pintar de rojo las agallas de los pescados para hacerlos parecer como frescos. Esto es una gran falta de probidad y hasta puede ser un delito, si alguna persona se enferma o se muere a consecuencia de ello.

Los huevos y la leche son alimentos muy nutritivos; el queso y la manteca, tomados con moderación, también; pero con exceso producen indigestiones o irritaciones intestinales.

La miel de abeja es muy saludable y nutritiva, pero es menester no abusar de ella, porque es purgante.

Estos de que te he hablado, son alimentos animales, pero los más convenientes por su fácil digestión son los vegetales, y principalmente las frutas, aunque no son tan nutritivas como los cereales y las legumbres.

Con el trigo hacemos el pan, que se ve tanto en la casa del rico como del pobre; y el mejor de los panes es el que tiene la corteza dura y quebradiza, de color dorado

Biblioteca Nacional de Maestros

ú obscuro y con miga blanca con muchos ojos. El pan caliente es indigesto. El pan de poca miga y bien cocido es muy saludable.

Otros vegetales preciosos son la papa y el arroz, como también las legumbres frescas.

Las hortalizas son también alimenticias, pero en grado inferior.

Las frutas secas son muy nutritivas, pero no de fácil digestión.

El azúcar es también un producto vegetal de gran importancia en la nutrición, pero su abuso da dolores de estómago, ataca los dientes y multiplica las lombrices intestinales.

Las substancias animales, salvo la leche buena, el queso, la manteca, la miel, las ostras y algunos otros moluscos, deben ser previamente asadas, cocidas, guisadas o fritas, sin dejarlas recocer, y sin ponerles muchas salsas o excitantes.

La mayor parte de los vegetales no necesitan ser cocidos; pero son más digestivos cuando se someten al fuego.

Debe tenerse especial cuidado cuando se hace la limpieza de las vasijas y utensilios de cocina. Las mejores son las de hierro o barro; hay que desconfiar siempre de las

Biblioteca Nacional de Maestros

hechas con otros metales, pues dan lugar a la formación de sales venenosas al contacto de las grasas y ácidos.

Los condimentos más indispensables y menos nocivos son la sal, el aceite, la manteca, el vinagre, el zumo de limón y el azúcar.

En los países de clima templado, como el nuestro, pueden usarse en pequeña cantidad el clavo, la canela, la nuez moscada, el perejil, el orégano, el apio, la yerbabuena, etc., pero la mostaza, el ajo, la pimienta, las cebollas, sólo con mucha moderación deben emplearse.

Todos los condimentos tienden a hacer más agradables las comidas; pero usados con exceso, disminuyen el apetito y producen irritaciones estomacales e intestinales.

En materia de bebidas, la única verdaderamente recomendable es el agua pura, filtrada o hervida.

La mejor de las aguas es la de lluvia, bien limpia; los manantiales y pozos semisurgentes, los arroyos y ríos suelen dar aguas excelentes; pero si tienen en disolución materias orgánicas (restos de animales o vegetales) o substancias calizas, deben desecharse.

Los pozos que se abren en las ciudades,

Biblioteca Nacional de Maestros

están en comunicación con las letrinas, y sus aguas son sumamente peligrosas.

Las bebidas aciduladas de zumo de limón, grosellas, etc., convienen en verano, pero no en seguida de haber comido.

Las bebidas aromáticas como el café, el té, el mate y el chocolate, son estimulantes y nutritivas.

Del café deben abstenerse, sin embargo, los niños y las personas muy robustas o irritables.

El te no conviene después de las comidas, y tomado con abuso produce accidentes nerviosos y hace enflaquecer el cuerpo.

El mate, no siendo tomado en familia, es muy peligroso, pues la bombilla con que se toma puede ocasionarnos el contagio de las enfermedades que los demás tengan en la boca.

El chocolate es muy nutritivo, pero de difícil digestión e irritante.

Todas las bebidas fermentadas, como el vino, la cerveza, la sidra y las alcohólicas, como el aguardiente, el ron, el kirsch, el ajenjo, el coñac, la ginebra y otros licores, han hecho a la humanidad más males que bienes.

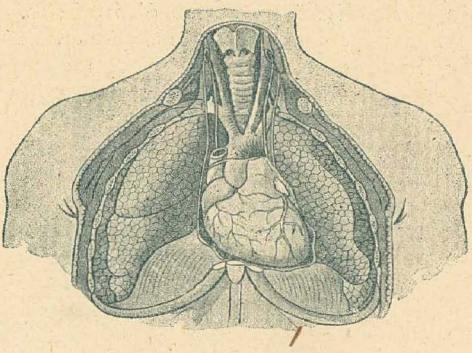
El más sabio de los preceptos es no usar-

Biblioteca Nacional de Maestros

las nunca, sino bajo la indicación de un médico y en la forma que él indique.

Aparte de la embriaguez, que convierte al ser humano en un ser inferior a las bestias, en general son perjudiciales a la mayoría de las personas, entorpecen la digestión, embotan las facultades intelectuales, irritan el carácter y producen cansancio, después del primer momento. El alcoholismo conduce a la locura, a la haraganería y al crimen.

Biblioteca Nacional de Maestros



Respirar es vivir

En el Libro I de esta obra, Andresito ha aprendido lo que es la respiración y el papel que el aire desempeña en los pulmones, cuando presenció un caso de asfixia; y después de oir a su padre el relato que le ha hecho sobre la digestión, le pregunta si el aire que penetra por nuestra boca es también un alimento.

—Sí, hijo mío, —le contesta el padre, —con la diferencia de que no es el estómago el que se encarga de utilizarlo para nuestra vida, sino los pulmones y el corazón.

Biblioteca Nacional de Maestros

Mira esta lámina y observa cómo se comunica el corazón con los pulmones.

El corazón desempeña el oficio de una bomba. Recoge toda la sangre, empobrecida por el trabajo de la vida, y la manda a los pulmones. Esta sangre es negruzca y no sirve para alimentar el cuerpo.

En los pulmones, al ponerse en contacto con el aire, la sangre negruzca se vuelve roja, después de haberle tomado al aire las substancias que necesita, o sea un gas que está en la atmósfera y que se llama oxígeno.

Los pulmones devuelven al corazón sangre roja, en lugar de sangre negra; y el corazón, que funciona, como te he dicho, a manera de una bomba, la distribuye a todas las partes del cuerpo.

Este recorrido que hace la sangre por todo el cuerpo, movida por el corazón, se llama circulación de la sangre.

Ya ves, pues, cómo el aire viene a ser un alimento tan indispensable que si nos llega a faltar, nos asfixiamos y morimos.

Yo he visto morir en poco tiempo un ratón a quien habían metido bajo una copa; y, si no fuera una crueldad innecesaria, ahora podríamos repetir el experimento.

Biblioteca Nacional de Maestros

Tú conoces ya los distintos casos de asfixia, y cómo se producen; pero además de esos peligros hay otros tan terribles como ellos que provienen del aire que respiramos, el cual suele traer microbios, o sea, unos animalitos, invisibles a simple vista, y sólo pueden observarse con poderosos vidrios de aumento que se llaman microscopios, y los microbios dan origen a enfermedades tan terribles como la tisis, la difteria, el crup, la coqueluche, la pulmonía y otras.

El paso violento del aire caliente al aire frío y las corrientes bruscas de aire producen resfriados, laringitis, ronqueras y bronquitis, lo mismo que el polvo y las prendas ajustadas de vestir y todo aquello que impida a los pulmones respirar aire puro en completa libertad, pues habrás observado que dichos órganos deben moverse como dos fuelles, continuamente.

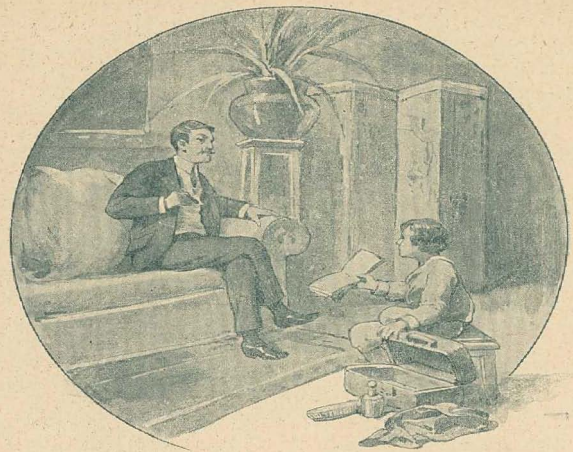
Los órganos principales que constituyen el aparato de la respiración son: la laringe, la traquearteria, los bronquíos y los pulmones.

Éstos se parecen a dos esponjas y tú lo puedes observar en cualquier animal. Los carniceros los llaman bofes.

Biblioteca Nacional de Maestros

Andresito se propuso estudiar los órganos de que le habia hablado su padre, cuando comprasen algunos de ellos para comer; y desde aquel día cada vez que tuvo oportunidad, estudió corazones, pulmones y riñones de vaca, de carnero, de ave, de conejo; en una palabra, quiso instruirse por sí mismo convencido de que es el saber que más aprovecha.

Biblioteca Nacional de Maestros



Fin de vacaciones

Dos meses han pasado sin sentir para nuestro amigo Andresito, disfrutando en la estancia de su padre las vacaciones a que se ha hecho acreedor por su aplicación y buena conducta y su padre ha resuelto viajar durante el mes que aun le falta para volver al colegio, por toda la República Argentina, para que el niño vea cuán grande, cuán hermosa es nuestra patria.

Biblioteca Nacional de Maestros

Preparadas las valijas y fijado el itinerario que han de seguir, se ponen en marcha, sin detenerse más que para comer y dormir, porque el objeto de este viaje es recoger impresiones generales sobre nuestro gran país, cuyo conocimiento detallado requiere mucho tiempo y estudio.

En ese viaje llevan el álbum con que el papá obsequió a su hijo Andrés, y en cada oportunidad lo sacan para comparar las cosas que contiene con las realidades que van viendo durante la marcha.

Andresito ha prometido a su padre escribir una relación de este interesante paseo, pero mientras no lo haga nosotros nos conformaremas con revisar el álbum de Andresito que está a nuestra disposición y su cuaderno de apuntes.

Biblioteca Nacional de Maestros

EL ALBUM DE ANDRESITO

Tipos gauchos

El gaucho es el tipo original, característico de nuestra sociedad. En él se resume lo que tenemos nuestro verdaderamente. Vive absoluto e independiente con un individualismo propio y libre. Se emancipa de sus padres, apenas empieza a sentir las primeras fuerzas de la juventud y vive abundantemente de las volteadas de los animales que Dios creó en el desierto. Armado del lazo, puede echar mano del primer potro que le ofrece mejores condiciones para su

Biblioteca Nacional de Maestros

servicio; escoge, por su propio derecho, la vaca más gorda para mantenerse; si necesita algún dinero, derriba tantos toros cuantos quiere, les saca los cueros y los vende en las aldeas de las costas. — LÓPEZ.

* * *

Numerosos e interesantes son los tipos gauchos, pero ¡qué lástima vayan desapareciendo a medida que avanza el silbato de la locomotora y el hilo del telégrafo!

He aquí primero el *rastreador*, el más extraordinario de todos, siempre grave, circunspecto y cuyas aseveraciones han hecho fe, durante mucho tiempo, en los tribunales inferiores.

Cuéntanse de él cosas maravillosas; si un robo se ha ejecutado durante la noche, él encuentra la misma pisada del ladrón, la sigue, atraviesa huertos, calles, campos, hasta que, encontrando al culpable, dice francamente: *éste es;* y para el pueblo que lo conoce, su deposición es la evidencia misma: negarla, sería ridículo. El famoso Calibar, el sanjuanino, y Díaz, el riojano, se han salvado del olvido por su genio extraordinario de rastreadores.

Biblioteca Nacional de Maestros

El *baquiano* conoce a palmos 20.000 leguas de llanuras con sus aguadas, sus senditas y sus vados ocultos: es el mejor mapa que puede llevar un general para dirigir los movimientos de su campaña; si la obscuridad es impenetrable, arranca pastos, huele la raíz, los masca y se orienta fácilmente. *Rozas* conocía por el gusto del pasto cada estancia del Sur de Buenos Aires, y se sabe que el famoso general oriental *Rivera* no era sino un simple baquiano.

El gaucho *malo* tiene por albergue los cardales, y vive de perdices y mulitas: perseguido por la justicia desde hace muchos años, su nombre, sin embargo, es pronunciado sin odio y casi con respeto; si el acaso le echa entre las garras de la justicia, acomete a los soldados y, merced a unas tajadas, que con su cuchillo ha abierto en la cara o en el cuerpo de los soldados, se hace paso, y tendiéndose sobre el lomo del caballo desaparece como un ser misterioso.

El *cantor* anda de pago en pago, de "tapera en tapera", cantando sus héroes de la pampa perseguidos por la justicia, la catástrofe de Facundo Quiroga, la muerte del valiente Rauch, las hazañas de Juan Moreira o los combates de Güemes el salteño, agregando

Biblioteca Nacional de Maestros

con frecuencia la relación de sus propias fechorías. Es inseparable de su guitarra y va siempre murmurando un *cielito* o algún *triste* plañidero.

El *domador* es la encarnación del hombre del campo, que en titánica lucha con el potro salvaje, le vence y quiebra sus bríos, reduciéndolo, como esclavo sumiso, al menor de sus caprichos. Vedle sereno y activo desafiando el peligro sobre el caballo que se encabrita y pugna por arrojarle de sí; enclavado en su lomo como un centauro. Ved al animal con sus crines erizadas por la desesperación de la impotencia, lanzarse primero en vertiginosa carrera, hasta que cede jadeante al poder superior que lo domina.

Sin más recurso que el lazo, un par de riendas, su pobre apero, su arreador y sus espuelas lloronas, este hombre ha vencido a la fiera. — SARMIENTO.

Biblioteca Nacional de Maestros

El poncho y el chiripá

Dos o tres varas de bayeta, seda o cualquier otra tela, forman el chiripá; está sujeto por una banda o tirador, donde el gaucho guarda los avíos para fumar, el dinero, etc., y que sirve además para colocar atravesado el enorme cuchillo, comúnmente de vaina y cabo de plata, su compañero inseparable, que no abandona en ninguna ocasión ni circunstancia, y tan afilado, que puede un hombre afeitarse con él.—CERVANTES.

El *poncho* es la prenda del paisano que tiene más aplicaciones: es el traje superior, la manta sobre que duerme y con que se

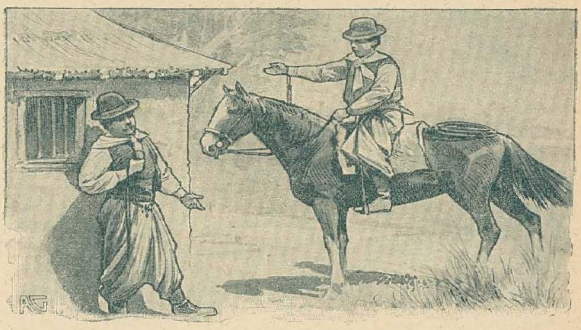
Biblioteca Nacional de Maestros

abriga, el arma defensiva de que se sirve; le defiende del frío, del calor y de la lluvia, se convierte en hamaca cuando él quiere, y en toldo cuando le place, y hasta le sirve para transportar a los heridos y a los muertos.

*
* *

Las mujeres santiagueñas, que están consideradas como las más laboriosas de la República, fabrican ponchos y chiripaes; antes, los ponchos se hacían de pelo de vicuña; hoy se emplea la lana teñida de oveja, que los imita.

Biblioteca Nacional de Maestros



El antiguo gaucho

No podría combatir a pie; no forma sino una sola persona con su caballo. Vive a caballo; trata, compra y vende a caballo; bebe, come, duerme y sueña a caballo.

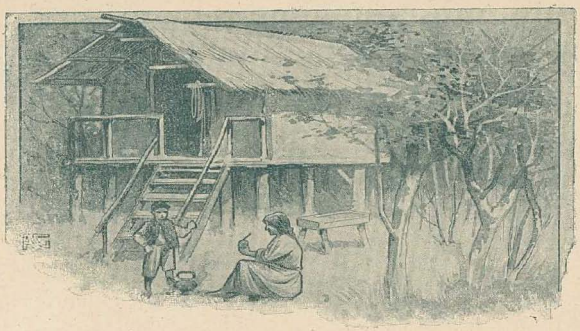
Salen, pues, los varones sin saber fijamente a dónde. Una vuelta a los ganados, una visita a una cría o a la querencia de un caballo predilecto, invierte una pequeña parte del día; el resto lo absorbe una reunión en una venta o pulpería.

Allí concurren cierto número de parroquianos de los alrededores; allí se dan y adquieren las noticias sobre los animales extraviados; trazándose en el suelo las mar-

Biblioteca Nacional de Maestros

cas del ganado; sábese dónde caza el tigre, dónde se le han visto los rastros al león; allí se arman las carreras, se reconocen los mejores caballos; allí, en fin, está el cantor... — SARMIENTO.

Biblioteca Nacional de Maestros



Un rancho

A la margen de un arroyo encantador, a cuatro pasos de su orilla y a la sombra de un grupo de sauces elevados y coposos, una simple estacada, en un ámbito de seis varas en cuadro, sosteniendo un techo de paja con paredes formadas de junco o de ramas; tal es el rancho del isleño. Es su obra de pocos días, que dura muchos años.

Su mueblaje se compone de un cañizo para dormir, y otro más alto para despensa; una mesa de ceibo; algunos bancos y platos de la misma madera; asador, olla y pava o caldera de hierro, un mate y un saco de camuatí para la sal. He aquí un edificio que, con su menaje

Biblioteca Nacional de Maestros

todo, no vale tanto como uno solo de los muebles que el lujo ha hecho necesarios al habitante de las ciudades. Y esa pobre choza, con su rústico ajuar, comprende cuanto el hombre puede necesitar para su seguridad y reposo, su comodidad y placer... — SASTRE.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los negros

A principios del siglo pasado existía una fuerte preocupación contra la gente de color, a tal punto, que los mulatos y sus descendientes, aunque libres, no podían ocupar empleos públicos; la legislación los consideraba hasta inferiores a los indios.

Durante las guerras de la Independencia se formaron batallones enteros de negros, que prestaron buena ayuda con su valor y disciplina, alcanzando varios los grados de oficial, y uno de ellos, Barcala, hasta el grado de coronel.

Biblioteca Nacional de Maestros

¿Quién no conoce la historia del negro Falucho, cuya estatua se ostentaba en la plaza San Martín, en la Capital Federal?

Algunos de los mestizos han sabido escalar posiciones sociales. — DAMIÁN.

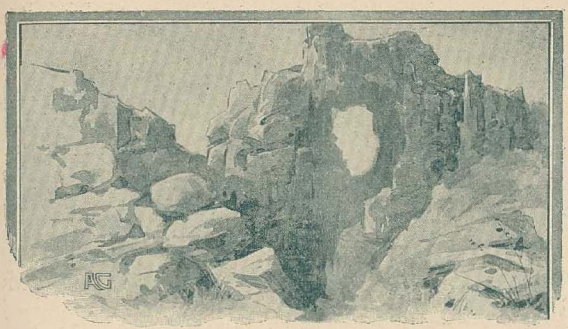
Biblioteca Nacional de Maestros

El toldo

El indio salvaje vive en cabañas hechas con estacas y cubiertas de ramas o pieles de animales.

Tan sencillo esqueleto, que no pasará de un metro de luz, tiene una abertura de boca de horno por la que es necesario entrar en cuclillas. — CARRANZA.

Biblioteca Nacional de Maestros



Sierra de la Ventana

Todas las montañas del sistema de la provincia de Buenos Aires ofrecen al viajero curiosidades dignas de mencionarse: la de las *Barbosas* tiene cuevas, que sirvieron de habitación a los indios pampas, y cementerios en extremo originales, situados en las partes más altas de la sierra; — la del *Tandil* era célebre por su tan mentada piedra movediza[1]; — la *Sierra de la Tinta* es notable por su infinidad de grutas a cual más curiosa: en las profundidades húmedas de esas cavernas se encuentran rocas blandas que se

[1] Ya no queda más que el recuerdo de ella, pues un dia perdió su equilibrio y rodó al abismo.

Biblioteca Nacional de Maestros

cortan con la misma facilidad que el jabón y con las que fabrican los habitantes platos, tinteros, bastones, adornos, que se ponen durísimos al aire libre; — entre las sierras del Tandil y la de la Tinta se alza un pequeño cerro aislado, que se distingue a muchísima distancia; es el *Sombrerito de Vela*; — la *Piedra del Diablo* es también digna de llamar la atención; — por fin, la *Sierra de la Ventana* posee en su parte más encumbrada, un agujero colosal que le dió el nombre qúe lleva. — DAMIÁN.

Biblioteca Nacional de Maestros

El pampero

El pampero, o viento del Oeste, refresca la atmósfera y causa una impresión vivificante en todo el organismo, abatido y anonadado por el del Norte. Los meses más expuestos al pampero son Febrero y Agosto y los últimos tres meses del año.

El pampero es el terror de los navegantes del río de la Plata, porque suele llegar con una violencia extraordinaria, adquirida en el terreno llano y desnudo de la pampa. Es muy temido en el puerto de Montevideo, donde hace bailar los más poderosos buques, cual barquichuelos insignificantes...

Biblioteca Nacional de Maestros

Cuentan los antepasados de estas tierras, que, a principios del siglo XIX, el pampero arrojó muy lejos las aguas del río de la Plata, y contuvo con tal vigor las del Paraná y del Uruguay, que pasaron algunos peones á caballo por el lecho enjuto del río, desde Buenos Aires hasta la Colonia (?). — DAMIÁN.

Biblioteca Nacional de Maestros

La yerba mate

El célebre vegetal que da la yerba es vistoso y de mucha frondosidad; su hoja y figura es entre el laurel y el naranjo; se trabaja del modo siguiente: el peón yerbero desgaja el árbol, recoge los gajos, los amontona en un lugar que tiene bien rozado y limpio, y allí hace fuego y va chamuscando gajo por gajo; después de esta precisa operación, desmenuza los mismos gajos, haciendo lo que se llama un *guacerbo* de la propia hoja, de que forma un haz en figura de escalera, más alta que el peón y afianzado de la frente y pecho lo conduce en la espalda sin arrastrarlo, pues no pasa del talón abajo, fuera del hacha y otros

Biblioteca Nacional de Maestros

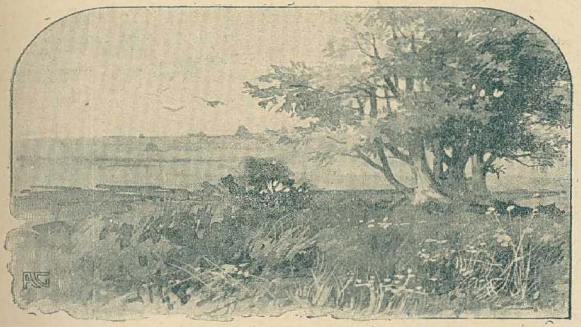
útiles de que va cargado, sin más movimiento que el paso mesurado, hasta la población o rancho en donde ya está preparado el *barbacuá*, que es un envarillado en forma de horno, fabricado de varas verdes.

Sobre dicho armaje, coloca el peón la yerba bien extendida, de modo que no quede resquicio por arriba donde respire o salga el humo del fuego que inmediatamente se hace abajo, de manera que llene todo el hueco del horno, y así, a fuego lento, se cuece la yerba.

Estando ya bien tostada, se apaga el fuego, y se barre todo el lugar que ocupó, de modo que quede bien limpio el suelo, y allí se coloca la yerba bien cocida y tostada; luego se apalea o se muele con un palo labrado, hecho en forma de un sable corvo.

Estando ya bien molida la yerba, se coloca en los *percheles*, donde se purifica adquiriendo el olor suave que la distingue, ensacándose luego en *zurrones* o *tercios*, que contienen regularmente ocho arrobas netas. — MOLAS.

Biblioteca Nacional de Maestros



A un ombú

Eres la verde guirnalda
De la cabaña pajiza,
Que vas marchando de prisa
Con el pasado en la espalda
Y a tu frente el porvenir.

Donde huye la turba errante
Y clava el hombre su planta,
Tu cabeza se levanta
Cual la de inmenso gigante
Que está diciendo: Hasta aquí.

Tú señalas las barreras
Que dividen el desierto,
Y oyes el vago concierto

Biblioteca Nacional de Maestros

Que alzan las auras ligeras
De la pampa en el umbral.

Eres lo último que muere
De la morada del hombre;
Y aunque en tu tronco no hay nombre,
Estás diciendo al viajero
Que allí descansó un mortal.

Mas ¿qué miras? ¿La campaña
Que a lo lejos se dilata,
El arroyuelo de plata,
El cielo que nada empaña,
O el inmenso pajonal?

No, tú miras a lo lejos,
Al trasponer aquel monte
En el lejano horizonte,
Como en mágicos espejos,
Lo que es y lo que será.

Miras la pampa argentina
De ciudades matizada;
Y por mil naves surcada
La laguna cristalina
Que hoy cubre verde juncal.

Miras la pobre cabaña
Que en palacio se transforma,
Y que al tomar nueva forma

Biblioteca Nacional de Maestros

Una nueva luz la baña
Con resplandor sin igual.

Miras al indio tostado
Que, lanzando un alarido,
Va huyendo despavorido
Por el llano dilatado
En pavoroso tropel;
Y tras él el tigre fiero
Que abandona su dominio,
Hoy teatro de exterminio,
Que ocupa un pueblo altanero
Y que transforma en vergel.

No pases más adelante,
Que más lejos, abatido,
Marchito y descolorido,
Verás el ombú gigante,
Hoy de la pradera rey;
Y en su lugar la corona
Verás alzarse del pino,
Que, unido al hierro y al lino,
Sirve al hombre en toda zona
Para dar al mundo ley.

Ese destino te espera,
Arbol cuya vista asombra,
Que al caminante das sombra
Sin dar al rancho madera,

Biblioteca Nacional de Maestros

Ni al fuego una astilla dar;
Recorrerás el desierto,
Cual mensajero de vida,
Y, tu misión concluída,
Caerás cual cadáver yerto
Bajo el pino secular.

MITRE.

Biblioteca Nacional de Maestros

El ombú

Cada comarca en la tierra
Tiene un rasgo prominente:
El Brasil, su sol ardiente,
Minas de plata el Perú,
Montevideo su Cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su pampa grandiosa,
La pampa tiene el ombú.

No hay allí bosques frondosos,
Pero alguna vez asoma
En la cumbre de una loma
Que se alcanza a divisar,
El ombú solemne, aislado,
De gallarda, airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como el faro de aquel mar.

¡El ombú! Ninguno sabe
En qué tiempo ni qué mano
En el centro de aquel llano
Su semilla derramó;

Biblioteca Nacional de Maestros

Mas su tronco tan ñudoso,
Su corteza tan roída,
Bien demuestra que su vida
Cien inviernos resistió.

Al mirar cómo derrama
Su raíz sobre la tierra,
Y sus dientes allí entierra
Y se afirma con afán,
Parece que alguien le dijo
Cuando se alzaba altanero:
Ten cuidado del pampero,
Que es tremendo su huracán.

Puesto en medio del desierto,
El ombú, como un amigo,
Presta a todos el abrigo
De sus ramas con amor;
Hace techos de sus hojas
Que no filtra el aguacero,
Y a su sombra el sol de Enero
Templa el rayo abrasador.

Cual museo de la pampa,
Muchas razas él cobija:
La rastrera lagartija
Hace cuevas a su pie;
Todo pájaro hace nido
Del gigante en la cabeza;

Biblioteca Nacional de Maestros

Y un enjambre en su corteza
De insectos varios se ve.

Y al teñir la aurora el cielo
De rubí, topacio y oro,
De allí sube a Dios el coro,
Que le entona al despertar
Esa pampa, misteriosa
Todavía para el hombre,
Que a una raza da su nombre,
Que nadie pudo domar.

¡Cuánta escena vió en silencio!
¡Cuántas voces ha escuchado
Que en sus hojas ha guardado
Con eterna lealtad!
El estrépito de guerra
Su quietud ha interrumpido;
A su pie se ha combatido
Por amor y libertad.

En su tronco se leen cifras
Grabadas con el cuchillo,
Quizá por algún caudillo
Que a los indios venció allí;
Por uno de esos valientes,
Dignos de fama y de gloria,
Y que no dejan memoria
Porque murieron aquí.

Biblioteca Nacional de Maestros

A su sombra melancólica,
En una noche serena,
Amorosa cantilena
Tal vez un gaucho cantó;
Y tan tierna su guitarra
Acompañó sus congojas,
Que el ombú, de entre sus hojas,
Tomó rocío y lloró.

Sobre su tronco sentado,
El señor de aquella tierra,
De su ganado la yerra
Presencia alegre tal vez;
O tomando el matecito
Bajo sus ramos frondosos,
Pone en paz a dos esposos,
O en las carreras es juez.

A su pie trazan sus planes,
Haciendo círculo al fuego,
Los que van a salir luego
A correr el avestruz...
Y quizá para recuerdo
De que allí murió un cristiano
Levantó piadosa mano
Bajo su copa una cruz.

Y si en pos de amarga ausencia
Vuelve el gaucho a su partido,

Biblioteca Nacional de Maestros

Echa penas al olvido
Cuando alcanza a divisar
El ombú, solemne, aislado,
De gallarda airosa planta,
Que a las nubes se levanta
Como el faro de aquel mar.

DOMÍNGUEZ.

Biblioteca Nacional de Maestros

El asado del campo

Se ensarta en un asador de hierro del largo de una espada, o, no teniéndolo, en un palo cualquiera con punta, un cosfillar de vaca o de vaquillona, sin cuero.

Con ramas hacen una fogata al aire libre, y cuando está bien prendida la hoguera, clavan en tierra el asador un poco inclinado hacia el fuego, cuidando de dar vuelta una y otra vez. Hacen una salmuera, y con un manojito de ramas la van echando de tiempo en tiempo.

¿Qué cosa más sencilla? Pero también qué cosa más inútil, si llega a faltar el ojo

Biblioteca Nacional de Maestros

y pulso experimentado, la baquía que sólo los hombres del campo poseen?

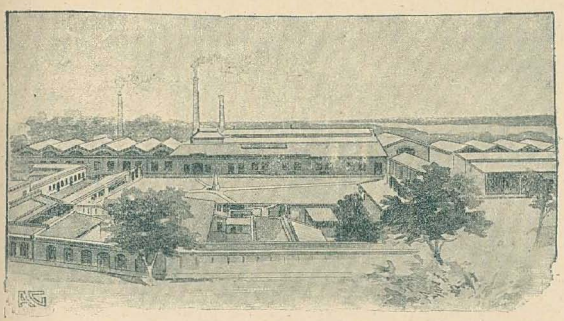
Brillat Savarin dice que para hacer bien un asado es preciso haber nacido con un don especial, que no puede suplir el arte. Si hubiese conocido el asado de los criollos del Plata, sin duda hubiera concedido a éstos la palma de superioridad en la materia, y hubiera puesto aquél en la primera página de su libro famoso, proclamando que, como sano y apetecible, no hay plato en el arte culinario que pueda disputarle la preferencia. — GRANADA.

Biblioteca Nacional de Maestros

La cocina

La civilización ha cambiado esas costumbres primitivas; hoy la cocina es un arte muy estimado en todas partes del mundo, y los buenos cocineros son buscados con interés, y su trabajo muy bien remunerado.

Biblioteca Nacional de Maestros



La Argentina—Fábrica de papel de Zárate.

La industria hace 30 años

En la calle de Maipú, llamada entonces de los Mendocinos, se encontraban las casas de comercio de artículos de las provincias, industrias embrionarias de tejidos, especialmente.

Allí se veían los pesados frazadones de Córdoba, tejidos de pura lana, muy compactos, con flores de colores vivísimos que mostraban los ricos tintes indígenas; las colchas de lana punzó con motitas rojas, tejidas en Córdoba y Santiago del Estero; los pellones tucumanos teñidos de azul negro, con los largos hilos de lana, como si fuesen pieles de

Biblioteca Nacional de Maestros

animales imposibles, pero que eran blandos asientos para colocar sobre el recado para cabalgar cómodamente; los cojinillos curtidos, de cuero, flexibles como seda; los bordados de colores, las jergas pampas, los tejidos de la provincia de Santiago; los ponchos calamacos, los ordinarios, los de vicuña, los de seda indígena; suelas que olían desagradablemente, curtidas con el cebil hediondo; los quesos de Tafí y Cafayate, el arrope, el masacote, el patay, el maní, la algarroba de vaina amarilla y de aromático olor, las pasas de uva y de higo, las aceitunas aprensadas de Mendoza, aceitosas y apetitosas; los orejones, las frutas secas, los vinos de Cuyo, y en otros tiempos más remotos, los tejidos de lana para vestir a los esclavos; los estribos, baúles de madera primorosamente tallados en la provincia de Santiago; las riendas tejidas de finísimas tirillas de cuero, y tantas y tantas cosas que conducían aquellas pesadas tropas de carretas tiradas por seis bueyes, o las arrias de mulas venidas de las provincias de Cuyo.

Aquello era un centro de la industria criolla, sencilla en sus gustos, teniendo en cuenta la duración y la solidez del artículo comprado. Ese era un centro con un sello especialí-

Biblioteca Nacional de Maestros

simo, sus necesidades peculiares, sus gustos nativos; usos, gustos y costumbres que se han transformado, desapareciendo las industrias rudimentarias. — GÁLVEZ.

Biblioteca Nacional de Maestros

Viajes de antaño

Entonces viajar en la República no era, por cierto, un placer. Si un europeo, acostumbrado a las comodidades que le proporcionaba su patria, no quería o no podía sujetarse a las costumbres del país de permanecer días, hasta semanas, en la silla y salvar así las grandes distancias que separan aquí un centro de población de otro, tenía que conformarse a hacer el viaje en un carruaje propio o en la diligencia postal, que salía muy irregularmente, teniendo siempre que llevar todo el menaje y particularmente víveres.

El indio, vigilando el desierto, y el gaucho malo, dueño de los caminos, asolaban la campaña, quedando la posta aislada y sin re-

Biblioteca Nacional de Maestros

curso cada cuatro o seis leguas; agréguense los vuelcos, las descomposturas, empantanadas, los pantanos, que hacían impracticables los caminos, y se dará uno la idea de las peregrinaciones y peripecias de un viaje semejante, siempre objeto de comentarios y de bromas, de los que queda la crónica y pronto será una tradición.

Se ofrecía al viajero otra oportunidad de viajar, y eran las carretas que servían de intermediarias entre el interior y las ciudades del litoral: estas carretas eran tiradas por bueyes, y no hacían, por lo tanto, sino seis u ocho leguas por día; de modo que el viaje de Mendoza a Buenos Aires, por ejemplo, duraba con frecuencia meses enteros. Podía el viajero ir también en compañía de un arria de animales de carga, llamada tropa de mulas: se avanzaba más pronto, pero estaba expuesto a la intemperie, teniendo que pararse en lugares donde había pasto y especialmente agua; y no había otro remedio entonces que echar la silla y las mantas sobre el suelo y extender en ellos los miembros fatigados. — CARRANZA.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los chasquis

El chasqui era el antiguo jinete portador de cartas y comunicaciones.

En el Perú y Bolivia no ha desaparecido aún totalmente.

Desinteresado, servicial, de una honradez nunca desmentida, se creía suficientemente recompensado por el exiguo sueldo que le pagaba el Gobierno y jamás admitió otra retribución por los numerosos servicios que hacía. Por eso era tan extenso el radio de su popularidad, que desde las poblaciones urbanas hasta el más humilde rancho tenía

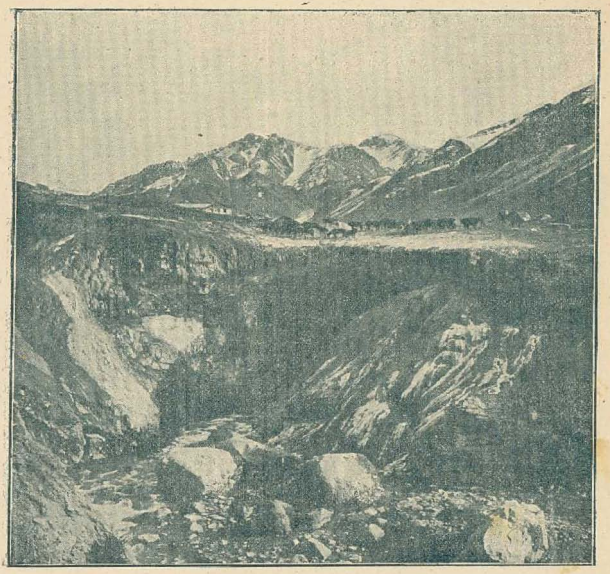
Biblioteca Nacional de Maestros

siempre un techo hospitalario donde guarecerse y manos amigas para socorrerlo en cualquier azar de la vida. Conocía palmo a palmo el territorio de la provincia, sabía el nombre, la posición social y el parentesco de las familias, de cuyos secretos fué leal depositario en más de una ocasión.

En las postas se sabía la hora precisa de su llegada y ya le esperaban con el caballo listo para proseguir el camino a galope tendido con su inseparable valija en la grupa.

Los habitantes del campo lo reconocían desde lejos por los remolinos de polvo que alzaba en su precipitada marcha; y cuando tenían necesidad de sus servicios le salían al encuentro: anotando el pedido en su cerebro — seguro de que ya no lo olvidaría — encendía un cigarrillo, apretaba la mano a su interlocutor, hincaba la espuela al caballo y se perdía en seguida en la penumbra trémula de los montes... — LEGUIZAMÓN.

Biblioteca Nacional de Maestros



Puente del Inca

Cruzando gargantas y desfiladeros, llamados *pasos*, se atraviesa hasta llegar al territorio de la Argentina, y en el camino que pasa por uno de estos desfiladeros, el de Uspallata o de la *Cumbre*, se encuentra el

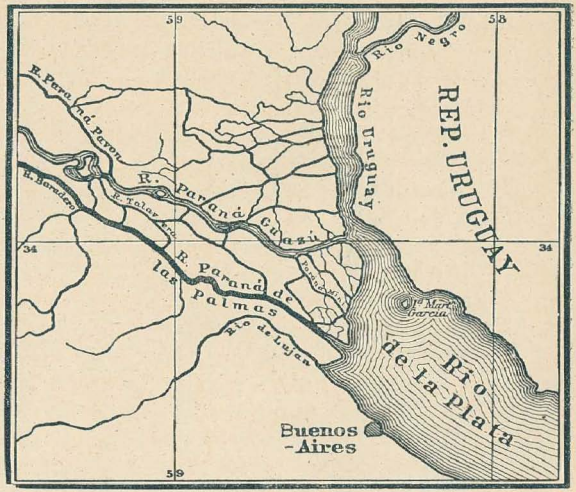
Biblioteca Nacional de Maestros

puente natural llamado Puente del Inca, formado por una perforación de unos treinta metros de ancho, hecha probablemente por las aguas del río Mendoza; mide el puente en la parte alta más de veinte metros de largo, y el arco que forma tiene unos doce de altura. Es un arco natural, que lo forma una masa de conglomerado o piedra toba, y está unido por depósitos calcáreos que le sirven como de cemento. Estos depósitos calcáreos provienen de una fuente termal cuyas aguas llegan a la temperatura de 35 a 40° centígrados, que bullen en el piso de una caverna inmediata, cayendo después en forma de cascada.

Del arco del puente penden estalactitas que le sirven de adorno, como primorosos flecos, de los cuales caen las gotas de agua filtradas a través del arco; y cuando los rayos del Sol las atraviesan, forman prismas de los más variados y brillantes colores. — PURÓN.

———

Biblioteca Nacional de Maestros



Los ríos

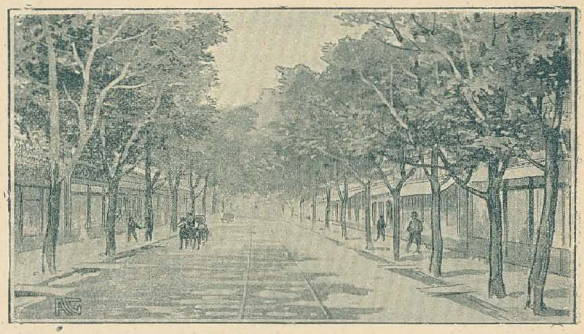
De las entrañas de América
Dos raudales se desatan:
El *Paraná*, faz de perlas,
Y el *Uruguay*, faz de nácar.
Los dos entre bosques corren
O entre floridas barrancas,
Como dos grandes espejos
Entre marcos de esmeraldas.

Biblioteca Nacional de Maestros

Salúdanlos en su paso
La melancólica pava,
El picaflor y el jilguero,
El zorzal y la torcaza.
Como ante reyes se inclinan
Ante ellos ceibos y palmas,
Y arrójanles flor del aire,
Aroma y flor de naranja;
Luego en el *Guazú* se encuentran,
Y reuniendo sus aguas,
Mezclando nácar y perlas,
Se derraman en el *Plata*.

DOMÍNGUEZ.

Biblioteca Nacional de Maestros



Mendoza moderna

Es la ciudad de los álamos. Los hay en todas las calles, altos, corpulentos, frondosos, tendidos en largas hileras, a uno y otro lado de las aceras; los hay en las plazas, en los caminos, en los alrededores, en las huertas, en todas partes. Por eso Mendoza, que no tiene casas de altos (por temor a nuevos terremotos), está completamente escondida entre los troncos, las ramas y las hojas, y viniendo de afuera no es posible apercibirse de la existencia de la ciudad hasta estar metido dentro de alguna calle. Ese aspecto impresiona favorablemente a cuantos por primera vez la visitan.

Biblioteca Nacional de Maestros

Las calles están empedradas en su centro con piedras de río, y con ladrillos en las aceras, y siempre se encuentran en buen estado. El agua abunda y, como en San Juan, en la margen de cada acera se abre una acequia por la cual corre un verdadero torrente.

La plaza Independencia, en la cual desembocan doce calles, es magnífica y no tiene rival en ninguna otra ciudad de la República. Tiene cuatro manzanas de superficie y está cercada por pilastras de mampostería, teniendo en el centro, y a unos cinco metros de altura, un estanque de regulares dimensiones. — CEPPI.

Biblioteca Nacional de Maestros

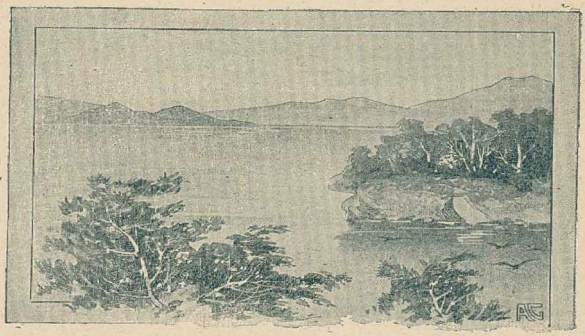
Tucumán

He visitado las sierras de Córdoba, de Tucumán y La Rioja; he admirado en los años de mi juventud los ponderados paisajes de los Alpes suizos y de los Pirineos franceses, y ahora que me ha sido dado cruzar esta provincia y contemplar su belleza natural, confieso que ese espectáculo ha superado en mucho a todos mis recuerdos de turista. Aquí cerca son pequeñas eminencias o colinas de pequeña elevación cubiertas de vegetación espléndida. Allá en el horizonte, a un lado y a otro de la línea de ferrocarril, las sierras de fantásticos perfiles, las murallas ciclópeas que parecen desafiar al cielo.

Biblioteca Nacional de Maestros

A la derecha, los altos de las Salinas y las cumbres de Jaramí; a la izquierda, la imponente cordillera de Aconquija que levanta su cabeza erguida a más de 5.000 metros de altura, coronada de nieve perpetua, y las caprichosas cumbres de Calchaquí, unas y otras con sus innumerables ramificaciones que prestan al conjunto el aspecto de un gigantesco anfiteatro... — SALVAIRE.

Biblioteca Nacional de Maestros



El lago de Nahuel Huapí

Preséntase a nuestra vista un grandioso panorama, en forma de un inmenso anfiteatro, que se desarrolla en un horizonte de miles de metros... Monolitos gigantescos de variadas formas, elévanse a las nubes, figurando ruinas de castillos fantásticos, restos de ciudades destruídas por convulsiones volcánicas, torres truncadas, cimientos de construcciones, y en fin, contornos de objetos y seres extraños, como la imaginación más rica pudo forjar. Y toda esa masa caprichosa se refleja en sus minuciosos detalles sobre la superficie tersa y tranquila del lago,

Biblioteca Nacional de Maestros

y nos era difícil distinguir con el anteojo la línea real donde terminaba la sierra y empezaba su reproducción en el lago.

Una vegetación casi tropical cubre todas las laderas y valles; abundando los pinos y robles de robusto tronco y cipreses; hemos medido algunos ejemplares que alcanzaron hasta 40 metros de elevación, con una circunferencia de 10; por todas partes abunda la frutilla silvestre, en tan considerable cantidad que el suelo está materialmente cubierto de ese agradable fruto, que alcanza a un tamaño mayor que el cultivado en Buenos Aires.

Ordinariamente, nada turba la serena calma del gran lago argentino, cuyas aguas tranquilas casi no tienen corriente. Pero cuando el viento entra remolineando en su vasto embudo, fórmanse tempestades semejantes a las marítimas y las olas alcanzan a 12 pies de elevación.

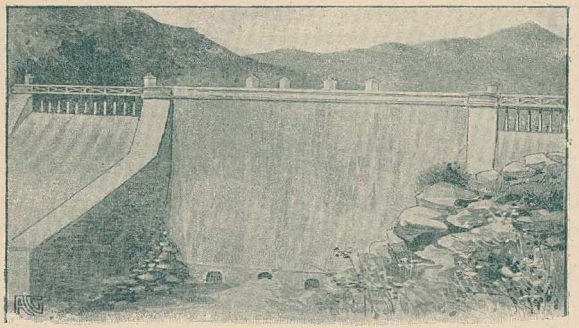
Los alrededores ofrecen cuadros y panoramas de una belleza incomparable; 26 islas cubiertas de una tupida vegetación y varios islotes de peña viva surgen de las aguas como montañas de verdura.

Su gran profundidad lo hace navegable para las mayores embarcaciones, y en un porvenir no muy lejano, cuando la civiliza-

Biblioteca Nacional de Maestros

ción haya penetrado, ávida de trabajo, hasta sus márgenes hoy desiertas y solitarias, será un hecho práctico y frecuente la navegación de sus aguas, excelente vía para el transporte y comercio mutuo de los habitantes. — O'Connor.

Biblioteca Nacional de Maestros



Dique San Roque.

Córdoba en 1869

Estábamos sobre la ciudad y no la veíamos. Edificada en una hondonada cubierta de arena, se la descubre de golpe después de ascender una rampa natural.

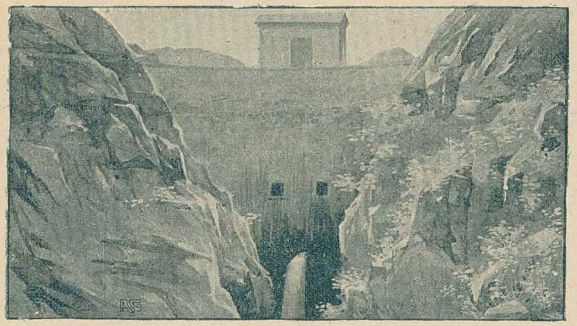
Es muy agradable la impresión que produce la variedad de las torres, y el gran número de cúpulas, agrupadas a la derecha del pasajero. Se comprende a una simple mirada la importancia de aquella población. El más inexperto reconoce en ella la ciudad que ciñe el Bonete de Santa Teresa.

El aspecto grave de sus monumentos y la

Biblioteca Nacional de Maestros

solidez de las construcciones le imprimen cierto carácter de majestad que habla al corazón del viajero de una pasada grandeza, de un antiguo esplendor, de algo que debe tener su novela y su historia. — S. ESTRADA.

Biblioteca Nacional de Maestros



La Travesía

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *Travesía*.

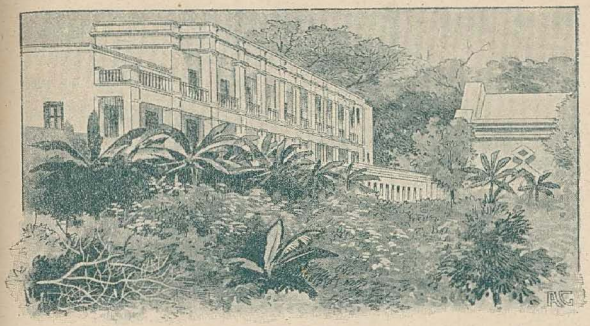
El aspecto de aquellas soledades es por lo general triste y desamparado, y el viajero del oriente no pasa la última represa o aljibe de campo, sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua...

El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado, sin una habitación humana, son por lo general los

Biblioteca Nacional de Maestros

límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el Mundo acaba y principia el cielo. — SARMIENTO.

Biblioteca Nacional de Maestros



Rosario de la Faontera

En Salta

Los baños del Rosario de la Frontera, situados a 920 metros sobre el nivel del mar, son una verdadera maravilla por la variedad de las fuentes que surgen en limitado espacio.

Hace algunos años, los bañistas hacían campamento en derredor de esas fuentes y cada uno preparaba su baño como mejor podía, y a la temperatura que más le acomodaba.

Hoy, entre aquellas serranías y en sitio tan apartado, existe un establecimiento magnífico, dividido en seis departamentos, uno de ellos de tres pisos, dos de dos pisos y tres de

Biblioteca Nacional de Maestros

uno; pueden alojarse convenientemente unas 200 personas.

El departamento de baños lo componen 30 cuartos con otras tantas piletas hechas en el suelo y revocados sus costados con cementos; en cada pileta hay cinco grandes grifos correspondientes a las diversas aguas.

La situación topográfica del establecimiento es espléndida, estando sus construcciones reclinadas sobre dos enormes cerros, a los cuales son muy pocos los que se atreven a subir, no sólo por su mucha altura, sino también por ser escarpados y cubiertos de una arboleda compacta que dificulta el ascenso.

De entre esos cerros surgen las aguas termales que van despeñándose de piedra en piedra, formando pequeñas cascadas para después precipitarse en profundos barrancos con impetuosidad torrentosa; los arroyitos que en ellos toman su origen se bifurcan y se unen por donde el terreno lo permite, produciendo el agua caliente un eterno murmullo al deslizarse entre los troncos de los árboles y diversas zarzas. Con frecuencia se ve a los bañistas, por vía de entretenimiento, tomar mate, te o café con el agua caliente, y a veces huevos blandos o duros, para lo cual no hay más que echarlos un momento en el agua y sacarlos

Biblioteca Nacional de Maestros

en seguida con cualquier cosa, ya que es imposible meter la mano, por estar el agua en estado de ebullición.

Aquellos que tienen buenas piernas se internan en los bosques y hallan en la caza una excelente diversión.—Castro.

Entrada a la ciudad de Jujúy.

Las Salinas

En el tiempo de los aguaceros, toda la salina se vuelve una laguna grandiosa, que disuelve una parte de la sal; secándose la laguna, resulta un espejo, que es liso como cristal o hielo, de manera que se puede patinar sobre este hermoso piso en la extensión

Biblioteca Nacional de Maestros

de muchas leguas. Su aspecto es de una indescriptible hermosura y grandiosidad.

Secándose más el suelo, se forman innumerables hendiduras chicas, en la superficie, de un ancho de una hasta varias pulgadas; y de éstas eflorecen nuevamente cristales de sal que sobrepasan en algo el nivel ordinario y tienen semejanza con la espuma o coliflor.

Cerca de las receptorías se ven siempre una gran cantidad de tropas, en su mayor parte de burros, para el transporte de la sal, a veces a regiones muy lejanas.

La sal se corta con un hacha, formando cuadros de un pie, hasta media vara de lado, que entonces fácilmente se alzan con una barreta, y se limpian, por debajo, del barro adherente.

Dos o tres panes, según su tamaño, forman una carga de burro... — Brackebusch.

Biblioteca Nacional de Maestros

Calingasta

En Calingasta se encuentran numerosos vestigios de las poblaciones indígenas. Muéstranse varios lugares donde en excavaciones naturales, a lo largo de la falda de ciertos cerros, están hacinados, por millares, esqueletos de indios muertos, se dice, de hambre, por no someterse a los conquistadores españoles.

Estas cavernas son un vasto osario de momias que conservan el cabello trenzado y

Biblioteca Nacional de Maestros

las carnes acartonadas, preservadas acaso por las emanaciones salinas del lugar, o por algún procedimiento de embalsamar. En las que se sacaron se han encontrado algunos objetos de arte indígena, tales como agujetas de oro con un guanaco figurado, y algunas de cobre.

Un esqueleto de niño en una canastilla de esparto de las lagunas, preciosa industria que se conserva aún en Guanacache, y en Valdivia, de Chile.

Una espada toledana con empuñadura de plata encontróse en otro punto, y es variado el surtido de vasijas de barro que abundan por todas partes. A lo largo del río vense también dos bandas o listas blancas que señalan los vestigios de antiguos canales de irrigación, que sirvieron al cultivo del maíz; pues las piedras llamadas *conanas* en que lo molían y agujereadas por el uso, abundan. — SARMIENTO.

Biblioteca Nacional de Maestros

Indios del Chaco tomando rapé.

El Chaco

Los habitantes de Corrientes y del Paraguay dan el nombre de *Guaycurúes* a los indios que viven entre el delta del Pilcomayo, y la confluencia del Paraguay con el Paraná.

Los *Guaycurúes* hacen con bastante frecuencia irrupciones en los establecimientos limítrofes, siempre acompañadas de sangre y luto. Acostumbran raerse los cabellos, pelarse las cejas y los párpados, agujerearse las orejas, las narices y los labios para introducir en ellos cuerpos extraños.

Los *Matacos* viven en las comarcas que

Biblioteca Nacional de Maestros

baña el Bermejo superior y medio: son de estatura baja, retacones, de cara tártara, nariz chata, ojos largos, taimados, cobardes, haraganes, de entendimiento obtuso, ladrones por instinto y vengativos. Todos los trabajos agobian a las mujeres, que son verdaderas esclavas.

Los *Lenguas* se cortan el pelo en la mitad de la frente y a los lados, y en los agujeros de las orejas introducen piezas de madera de diámetro cada vez mayor, de modo que las orejas se estiran más y más y caen casi sobre los hombros.

Se hacen un tajo especial en el labio inferior e introducen un simicírculo de madera. A la muerte de un individuo de la tribu, todos cambian sus nombres, porque dicen, que la muerte, habiéndolos visitado, se ha llevado la lista de los nombres de todos los sobrevivientes, para matarlos a su vuelta, y con ese ardid, la pícara no sabrá ya a que atenerse.

Los *Tobas* son muy nómades, porque tan pronto se los halla en el alto Pilcomayo como a orillas del Paraná, frente a Corrientes, donde suelen ir a trabajar. Con los amigos parecen honestos, fieles y generosos; pero con sus enemigos son sumamente crueles: lo difícil es saber lo que entienden por amigos y ene-

Biblioteca Nacional de Maestros

migos cuando el interés los estimula! — DAMIÁN.

Bosque de araucarias en Misiones.

Las Ruinas

Hoy la selva invade los campos antes cultivados, las fieras habitan las iglesias abandonadas donde algunas efigies de madera o algunos ángeles alados e inmóviles parecen la imagen petrificada de una civilización religiosa detenida en pleno vuelo. Enredaderas envuelven y enlazan estos edificios de los jesuítas, que árboles seculares cubren con sus inmensos ramajes; no se oye más que la charla de los loros, colonos de aquellos sitios,

Biblioteca Nacional de Maestros

que parecen haberse dado la misión de hacer por su cuenta la recolección de todas las frutas, para, con los restos de sus comidas, sembrar de nuevo nuevas superficies; a ellos es a quienes se ve, según la estación, devorar las naranjas maduras o coger los duraznos que aun dan los bravíos que ellos han sembrado. — DAIREAUX.

Biblioteca Nacional de Maestros

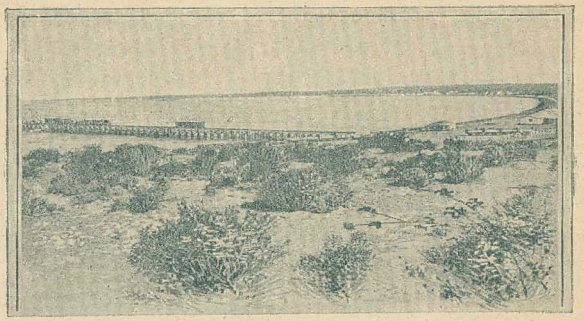
Indios patagones; sus toldos.

Los Gigantes

Los primeros conquistadores forjaron mil cuentos sobre los habitantes de la Patagonia, a tal punto que era creencia común que ésta era una región de *gigantes*.

Lo cierto es que eran hombres de fornidas y altas dimensiones, pero nada más.

Biblioteca Nacional de Maestros



Puerto Madryn.

Puerto Madryn

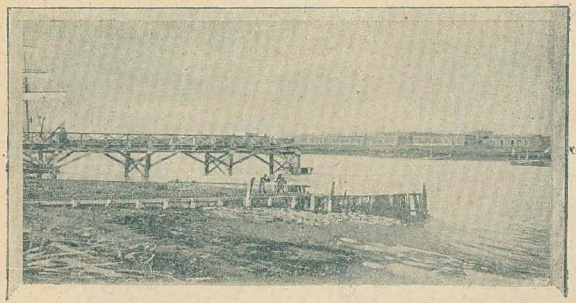
El pueblo presentaba a nuestra vista un aspecto desolado, con sus altos médanos, apenas cubiertos aquí y allá por una vegetación achaparrada y pobre, con sus pocas casas desparramadas en la playa.

Desembarcamos por el muelle del ferrocarril, que se utiliza para carga y descarga de mercaderías. En aquél no había más que un solo vagón de pasajeros. La vía que arranca en dicho muelle, traza una curva hasta la estación que se encuentra al pie de las colinas arenosas que cierran el horizonte, y en torno

Biblioteca Nacional de Maestros

de la cual se ha formado un pueblito con las casillas de los empleados de la empresa.

En la misma plaza, casi al alcance de las olas, se levanta la subprefectura, viejo armatoste de madera que se mueve como un barco a cada golpe de viento, y por cuyas rendijas sopla una corriente de aire que hace redoblar el hierro de canaleta del techo.



Rawson.

En la pared de la subprefectura se ve una gran chapa de bronce en la que se lee grabado el siguiente aviso: *De aquí hasta la Colonia Rawson hay 51 millas sin agua.*

Esta saludable advertencia se ha reproducido en francés, inglés, alemán, italiano y

Biblioteca Nacional de Maestros

portugués para dar a conocer el peligro que había de correr el individuo que tuviera la fantasía de salvar a pie la distancia que separa a Madryn de Rawson.

Quillangos

El comercio de quillangos tiene alguna importancia. La hechura del artículo se ha perfeccionado poco a poco. A los quillangos comunes, muy conocidos, han sucedido otros, hechos con ciertas partes especiales de la piel, como por ejemplo, con la pequeña mancha de color torcaz que el guanaco tiene en la

Biblioteca Nacional de Maestros

frente, o con las salpicaduras blancas del cuerpo y el pecho. Se comprende que estos productos tienen que ser raros, puesto que cada quillango se compone de piezas cosidas entre sí, que no alcanzan a un decímetro cuadrado cada una. Combinando los colores se hacen también quillangos de bonitos dibujos simétricos.

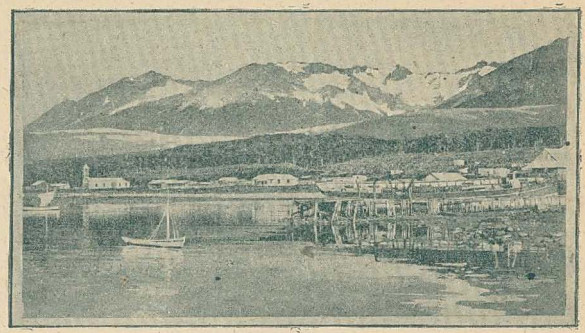
Los indios cosen las piezas que han de formar un quillango con tientos, y muestran en ese trabajo mucha habilidad.

Una vez sobadas las piezas y cosidas unas a otras, suelen los indios pintarlas del lado del revés con tierras coloreadas.

Además de los quillangos de guanaco y de zorro, los hay de piel de avestruz, con sus plumas, naturalmente, siendo los más estimados y de mayor precio, por lo hermosos, los hechos con las plumas blancas blandas, sobre todo los llamados de "avestruz de huevos" que se hacen sólo con pichones.

Los quillangos inferiores se compran en la Patagonia a precios que varían entre 15 y 20 pesos papel; pero los finos y los especiales suelen ser muy caros. — Pairó.

Biblioteca Nacional de Maestros



Ushuaia.

Indios Onas

Los Onas se mantienen con lo que cazan y pescan. Además recogen en otoño una semilla que llaman *may*, que tuestan sobre las brasas y muelen con piedras chatas, agregando después a la harina obtenida, grasa de lobo marino, con la cual forman una mezcolanza muy parecida a la cocoa.

También comen unas raíces muy comunes en aquellas regiones y que tienen el sabor de la zanahoria. Visten, o mejor dicho, se tapan con pieles de guanaco o de zorro. Sus mujeres son sus esclavas y tienen que desempe-

Biblioteca Nacional de Maestros

ñar los trabajos más penosos. El cabello lo llevan largo, excepto en la corona, donde lo cortan a modo de los dominicos.

Viven en hoyos circulares de dos metros de diámetro y cuarenta centímetros de profundidad: en su círculo plantan postes verticales sobre los cuales colocan pieles de animales y en el fondo del agujero extienden pasto seco. Cada una de estas excavaciones abriga una familia, cuyos miembros duermen allí apretados, mezclados con numerosos perros. (En la Tierra del Fuego y en Patagonia, el perro desempeña el papel de calorífero.) — POPPER.

Biblioteca Nacional de Maestros

Indio cazando focas

Para cazar las focas o lobos marinos usan de una curiosa estratagema, que consiste en rellenar de paja el cuero de una foca pequeña, el que, atado por una correa, mueven continuamente a la orilla del mar, imitando con una perfección asombrosa el aullido de estos animales, atrayendo así a los que nadan lejos de la costa; una vez que éstos se acercan a la *foca anzuelo*, larga el indio un tronco de madera desde arriba de la barranca en que se oculta y queda aplastada su anhelada presa.

Biblioteca Nacional de Maestros

Los pájaros, los toman generalmente de noche y en el nido, dejándose bajar a las peñas mediante un fuerte lazo de cuero de foca que sostienen sus compañeros: llevan una especie de antorcha formada de pedazos secos de corteza; así sorprenden a los pájaros marinos, les tuercen el pescuezo con los dientes y los guardan en una bolsa de cuero de guanaco. También cazan los pájaros con una destreza sin igual mediante sus arcos y flechas, cuyas puntas están hechas con pedazos de vidrio que recogen de botellas vacías arrojadas a la playa por la marea: son verdaderas obras de arte, delicadas y muy cortantes sobre sus bordes, que concluyen con una punta afiladísima; hay indios verdaderos artistas que se ocupan exclusivamente en la confección de estas puntas. — SEGERS.

Biblioteca Nacional de Maestros

La coca.

Un pueblo catamarqueño

Fiambalá es un paraje arenoso, seco, lleno de vientos y aridez, un tanto parecido a Capayán, aunque con un fresco que contrasta con los calores de Tinogasta.

Las crecientes del río, que traen greda y barro, van haciendo ir la población al Norte, habiendo ya tapado casas y labranzas del pueblo viejo vecino, que estuvo ubicado más al Sur.

A Fiambalá puede denominársele "el pueblo de los chañares", pues los hay en gran abundancia, y sus habitantes los tienen en

Biblioteca Nacional de Maestros

tanta estima que los crían en las pestañas mismas de las veredas, frente a las casas,

En Fiambalá se hace la vida primitiva; los niños corren en camisa por las calles, con sombrerito indio encasquetado hasta los ojos; la ropa de la gente del pueblo es, por lo general, de tejidos indígenas; la coca se consume por tambores; la alhoja es la bebida de las fiestas; y en la feria del patrón San Pedro, que dura días y días, reina una alegría *sui géneris*; la superstición domina, y la incuria hace que los habitantes desdeñen el trabajo.

La savia indígena circula en toda su pureza en las venas del "pueblo de los chañares" y de los vientos. — QUIROGA.

Biblioteca Nacional de Maestros

La Rioja

De los Andes se desprenden ramificaciones que cortan la parte occidental en líneas paralelas, en cuyos pueblos están *Los Pueblos* y *Chilecito*, así llamados por los mineros chilenos que acudieron a la fama de las ricas minas de Famatina. Más hacia el Norte se extiende la llanura arenisca, desierta y agostada por los ardores del sol, en cuya extremidad Norte, y a las inmediaciones de una montaña cubierta hasta su cima de lozana y alta vegetación, yace el esqueleto de La Rioja, ciudad solitaria, sin arrabales y marchita como Jerusalén al pie del Monte de los Olivos.

Al Sur y a larga distancia, limitan esta llanura arenisca los Colorados, montes de greda petrificada, cuyos cortes regulares asumen las formas más pintorescas y fantásticas: a veces es una muralla lisa con bastiones avanzados, a veces créese ver torreones y castillos almenados en ruinas. Últimamente, al Sudeste y rodeados de extensas travesías, están los Llanos, país quebrado y montañoso, en despecho de su nom-

Biblioteca Nacional de Maestros

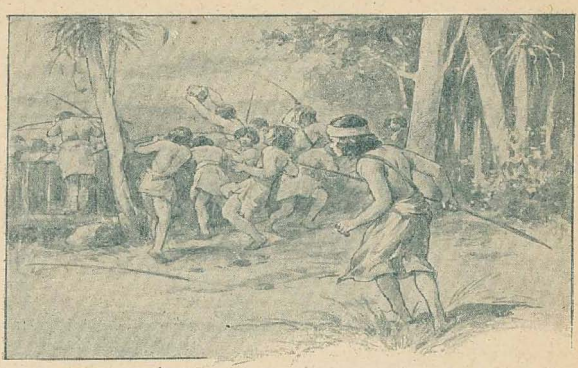
bre, oasis de vegetación pastosa que alimentó en otro tiempo millares de rebaños.

El aspecto del país es, por lo general, desolado, el clima abrasador, la tierra seca y sin aguas corrientes.

El campesino hace represas para recoger el agua de las lluvias y dar de beber a sus ganados. Hoy, gracias a los caprichos de la moda, no causa novedad el ver hombres con la barba entera, a la manera inmemorial de los pueblos de Oriente; pero aun no dejaría de sorprender por eso la vista de un pueblo que habla español y lleva y ha llevado siempre la barba completa, cayendo muchas veces hasta el pecho; un pueblo de aspecto triste, taciturno, grave y taimado, árabe, que cabalga en burros y viste, a veces, de cueros de cabra, como el ermitaño de Engaddi. Lugares hay en que la población se alimenta exclusivamente de miel silvestre y de algarrobo y de langostas, como San Juan en el desierto.

El llanista es el único que ignora que es el ser más desgraciado, más miserable y más bárbaro; y gracias a esto vive contento y feliz cuando el hambre no lo acosa. — SARMIENTO.

Biblioteca Nacional de Maestros



La Pampa conquistada

Desde hacía largo tiempo, habíase establecido cerca de la última villa del Sur, Azul, una tribu de indios sometidos, la de Catriel. Ésta prosperaba, comerciando con los habitantes y trabajando como hubiera podido hacerlo una colonia pastoril compuesta de inmigrantes civilizados.

El gobierno de Buenos Aires cometió el error, en 1875, de revocar esta donación (veinte leguas cuadradas) ofreciendo en cambio a los indios tierras más alejadas y de menor valor. Los indios pusieron el grito en el cielo

Biblioteca Nacional de Maestros

ante tal injusticia; buscaron para vengarse la ayuda de sus hermanos de raza y sublevaron toda la Pampa; Namuncurá, el primer jefe de la Pampa, ofreció 150 guerreros; Epumer, cacique de los Ranqueles, colonos laboriosos, puso en campaña 600 lanzas; Pincén, el más temido de todos, jefe de 600 soldados; Orqueque, Shayhueque, caciques de los Araucanos, prometieron su concurso.

Las milicias de Santa Fe, Córdoba, San Luis, Buenos Aires y Tucumán, pusiéronse en movimiento. Buenos Aires dió a la expedición su primer jefe, el doctor Alsina, que murió sin haber visto realizados sus planes. Tucumán proporcionó al joven general Julio A. Roca.

Primeramente, se sitió a los indios por hambre, empleando medios gigantescos, como por ejemplo el de abrir un gran foso de 150 leguas de largo, el cual no podía ser franqueado por los rebaños robados: de esta suerte se privó a las tribus de todo medio de poder reponer sus víveres.

Hecho esto, cuatro cuerpos de ejército invadieron los campamentos reduciendo a cautiverio a las mujeres y niños. El indio, ese salvaje, no conoce más que su hogar, no vive sino para las afecciones que en el mismo en-

Biblioteca Nacional de Maestros

cuentra, en su mujer y en sus hijos. Combate hasta la muerte para defenderlos, pero entrega su vida y hasta su libertad a fin de no verse separado de los seres que ama.

El día en que los guerreros se presentaron a entregar sus armas, a fin de que les devolvieran sus familias, se los puso en fila; pero sus mujeres y sus hijos ya habían partido para Buenos Aires, y como el Estado no podía guardarlos eternamente, se anunció por medio de los periódicos que en el atrio de las iglesias se haría a los ciudadanos que lo reclamaran, la distribucion de aquellas mujeres y niños... Los ciudadanos se iban acercando y se llevaban consigo, unos por caridad y otros por interés, algunos de aquellos seres separados de la humanidad.

En cuanto a los caciques que se rindieron después de Catriel, Epumer, Pincén, Mariano Rosas, fueron puestos fuera de la ley, y encerrados en la isla fortificada de Martín García, donde algunos terminaron dolorosamente, muy lejos de sus amados campos, su existencia de combate. Sus guerreros han sido regimentados. — DAIREAUX.

Biblioteca Nacional de Maestros

Namuncurá.

El terrible cacique Namuncurá, reducido a la vida civilizada, sólo posee ocho leguas para cultivar y vivir con su familia; campo cedido por el Gobierno Nacional en aquellos vastos dominios, un día testigos de su gran poder y señorío.

Biblioteca Nacional de Maestros

Facundo y el tigre

En la travesía de San Luis a San Juan tuvo una vez lugar la extraña escena que sigue: Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos, a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis y ganar la travesía a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros, tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el hambre y la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre cebado andaba ha-

Biblioteca Nacional de Maestros

cía un año siguiendo los rastros de los viajeros y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana...

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oir bramar al tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano, el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino; el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo, y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa adelante del punto en que aquél se había separado del camino, y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remoli-

Biblioteca Nacional de Maestros

nea, hasta que divisa la montura, que desgarra de un manotón esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra, al fin, la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos, sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente; dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a debilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer

Biblioteca Nacional de Maestros

en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre, y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena; y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre empacado y lleno de furor, fué la obra de un segundo. La fiera estirada a dos lazos, no pudo escapar de las puñaladas repetidas con que, en vénganza de su prolongada agonía, le traspasó el que iba a ser su víctima. "Entonces supe lo que era tener miedo", decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso. — SARMIENTO.

Biblioteca Nacional de Maestros

Camalotes

Muchas veces, vagando en la canoa por las aguas de nuestro Delta, hemos visto unas masas de hierbas llevadas por la corriente; y como todo es hermoso allí, todo fresco y risueño, hemos pasado sin prestar más atención a estos archipiélagos flotantes que la que reclaman los sauces reflejados en las aguas tranquilas o las sombras profundas que se hunden en las columnatas de troncos; y sin embargo, los camalotes son un factor importantísimo en la difusión de los seres que forman nuestro suelo.

Masas inconscientes de vegetación inmigrante, arrastran consigo un pequeño mundo

Biblioteca Nacional de Maestros

de animales, inconscientemente arrastrados en su emigración también.

Otros de mayor tamaño los devoran cuando se alejan de la malla intrincada y protectora, y como el conjunto de las hierbas avanza con la masa de las aguas, les basta mantenerse en reposo para bajar hasta nuestras latitudes; y así, cada vez que hay afluencia de camalotes en nuestras playas, los pescadores se sienten sorprendidos al encontrar, en sus redes, pescados que no tienen nombre o que antes no habían visto. Esto para los peces, las tortugas y las ranas.

Las víboras sorprendidas por la inundación se enlazan en los vastagos aéreos y alcanzan regiones que, por cierto, no son las de su cuna. Diversas especies de caracoles habitan la masa acuática del camalote: las sanguijuelas se pegan en cualquiera de sus partes u ondulan en los espacios que las raíces sumergidas no ocupan en el agua. Los cangrejos se complacen escondidos a las sombras de las hojas.

Cuando el camalote ha nacido en la inundación, los ratones viajan inquietos por los troncos, y más de una vez los tigres y otros gatos del Norte, han llegado a nuestras comarcas.

Biblioteca Nacional de Maestros

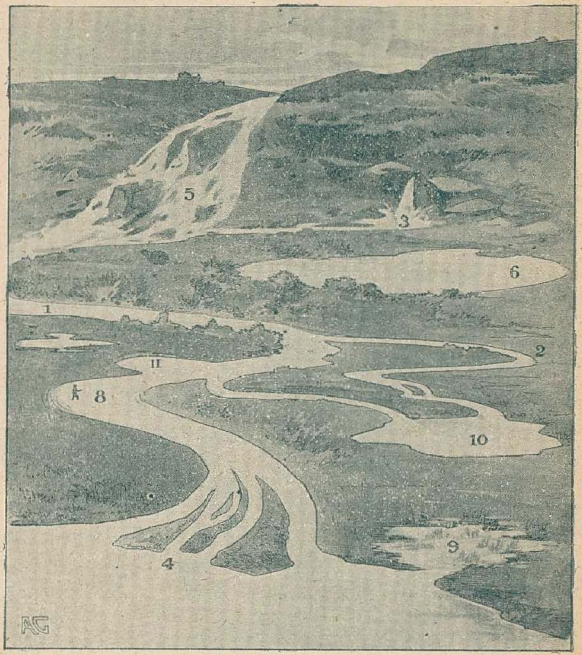
Las garzas y garcetas, los pescadores, las espátulas rosadas, los obscuros ibis y los tricolores aguapeazos se asientan de vez en cuando en la animada balsa, y libres con el recurso de sus alas vibrantes, duermen tal vez indiferentes sobre el flotante conjunto.

Toda esa población arrebatada a las tierras donde canta el urutaú encalla a veces en la ribera poblada de juncos, a la sombra de los sauces, bajo las ramas de los ceibos; y la nueva tierra, lentamente surgida del seno de las aguas, se enriquece con una población silenciosa para nuestros limitados órganos acuáticos; pero quizá bulliciosa y turbulenta para las sensibilidades del pequeño mundo que ellos forman. —HOLMBERG.

Biblioteca Nacional de Maestros

1. Isla—2. Archipiélago—3. Península—4. Istmo—5. Cabo—6. Mar—7. Playa 8. Barranca — 9. Estrecho — 10. Golfo — 11. Puerto — 12. Montañas — 13. Volcán—14. Bahía—15. Médano—16. Cordillera—17. Llanura—18. Valle. 19. Desierto—20. Oasis—21. Río—22. Arroyo—23. Torrente—24. Manantial

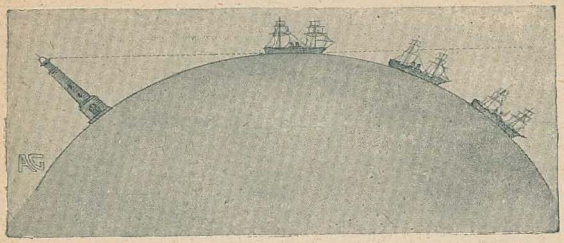
Biblioteca Nacional de Maestros



1. Río—2. Arroyo—3. Manantial—4 Delta—5. Catarata—6 Lago—7. Laguna
8. Vado—9. Estero—10. Ciénaga—11. Aguada

Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



La Tierra es redonda

Si nos situamos a orillas del mar cuando está bien tranquilo, vemos una inmensa extensión de agua, semejante a una vasta llanura. Supongamos que sale del puerto un buque: a medida que se aleja, disminuye para nosotros en tamaño, hasta que llega a la línea en donde parece que acaba el agua, y en donde parece también que se apoya la bóveda celeste: esta línea se llama *horizonte*.

Entonces ya no vemos alejarse el buque; parece como se vaya hundiendo en el mar. El casco del buque se oculta primero a nuestra vista, después las velas, después la punta del palo mayor que todavía percibimos, aunque es menor, mientras que las

Biblioteca Nacional de Maestros

partes de más bulto del buque hace tiempo que han desaparecido por completo.

Si en lugar del buque que sale, es otro que entra, lo primero que vemos es el extremo de los palos; las velas aparecen en seguida, y por fin el casco. Luego que se le ve por entero, ya no sube más, avanza majestuosamente hacia la orilla. Nos consta que los buques no salen del mar; de consiguiente, si primero se presenta a nuestra vista la parte más pequeña y por tanto la menos visible, será que alguna cosa nos impedirá ver el resto: será porque algún cuerpo estará colocado entre nuestra vista y el buque; sin embargo, nada vemos en la superficie del mar. Si ésta fuese *plana* no tendría lugar este fenómeno; a medida que el buque se alejara, nos parecería cada vez más pequeño y no dejaríamos de verlo cuando no fuese más que un punto imperceptible; pero si la superficie del agua es *redondeada*, la curvatura de esta inmensa superficie nos ocultará pronto el buque.

En alta mar, colocados sobre el puente de un buque, perdemos de vista a otro buque, a la distancia de algunos kilómetros, mientras que se ve el pico de algunas montañas muy altas a más de veinte miriámetros.

Biblioteca Nacional de Maestros

La curvatura del globo terrestre oculta el buque que no es muy alto, y no es insuficiente para ocultar el pico de la montaña; ésta desaparecerá cuando se haya alargado la distancia que los separa.

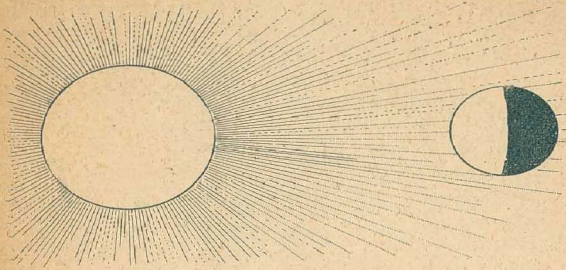
Hay otra prueba de la redondez de la Tierra, la cual no tiene réplica, y es que se da la vuelta a su alrededor.

Un célebre viajero llamado Magallanes, fué el primero que tentó esta empresa. En 1519 se embarcó en uno de los puertos de España y se dirigió hacia el lado donde se pone el Sol. Llegó al continente de América, descubierto en 1492 por Cristóbal Colón, costeó este continente yendo hacia el Sur, atravesó un estrecho que lleva su nombre, entre el extremo meridional de América y una gran isla llamada Tierra del Fuego, cogió en seguida un poco hacia el Norte, después tomando el derrotero hacia Occidente, atravesó el Grande Océano, yendo a recalar a una isla de las Filipinas, donde murió. Su segundo, Sebastián Elcano, siguió su ruta por el mar de las Indias, dobló el Cabo de Buena Esperanza en el Sur de Africa, el buque volvió por el lado en que el Sol sale, al mismo punto de donde había salido, navegando hacia el otro lado: había dado vuelta a una bola. Después de Ma-

Biblioteca Nacional de Maestros

gallanes, muchos otros viajeros han dado la vuelta al Globo, y todos han visto siempre sobre su cabeza el cielo y las estrellas. Preciso es concluir que la Tierra es redonda, y que está aislada en el espacio.

Biblioteca Nacional de Maestros



El Sol y la Tierra

Todas las mañanas vemos aparecer el Sol por un lado del horizonte y elevarse insensiblemente; a mediodía ha llegado al punto más alto, vuelve a bajar, y va a ponerse por el otro lado del horizonte. Sin duda continuará dando la vuelta a la Tierra, porque por la mañana del día siguiente vuelve a aparecer por donde salió el día anterior. Ya sabéis que la Tierra es *redonda*. Cuando el Sol ilumina la parte del Globo en que nosotros habitamos, la otra parte está en la obscuridad; y cuando nosotros tenemos obscuridad, el Sol ilumina aquella otra parte. Si en una noche sin nubes miramos las estrellas, las vemos describir también, en el mismo sentido, círculos al rededor de la Tierra.

Biblioteca Nacional de Maestros

Todos hemos observado una cosa sobre la que no hemos reflexionado mucho. Cuando estamos en un buque o vamos en un coche nos parece que los árboles y las casas que están en los bordes del camino o en la orilla, huyen en dirección contraria a la que nosotros seguimos, y nadie, sin embargo, ha creído que los árboles ni las casas tengan movimiento alguno: esto nos prueba que en ciertos casos los *cuerpos inmóviles aparentan moverse.*

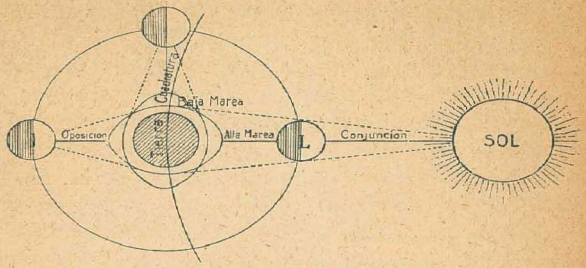
También podemos observar cuando estamos a bordo de un buque, y miramos, no a la orilla, sino al fondo del buque, pronto nos parece que no avanzamos. Como no sentimos sacudida alguna, ni vemos huir objeto alguno, porque no se ve ninguno, esto nos induce a creer que estamos inmóviles aunque estemos en movimiento. Los que han viajado por mar han podido observar esto mejor; sienten tan poco la rápida carrera del buque, que pueden pasear en sentido contrario por la cubierta, subir las escaleras y sentarse como si estuviesen en tierra. Esto nos prueba también que estando en movimiento, no creemos estar parados; y esto es lo que nos sucede en la Tierra; estamos colocados en un vasto bu-

Biblioteca Nacional de Maestros

que, que está siempre en movimiento, y que a nosotros nos parece inmóvil.

La Tierra es un gran globo que da vuelta sobre sí mismo en veinticuatro horas delante del Sol y de las estrellas fijas. La vuelta la da de Occidente a Oriente, y por eso parece que el Sol y las estrellas se mueven de Oriente a Occidente, como los árboles y las casas parecen moverse en sentido contrario al de nuestra marcha. Este movimiento de la Tierra sobre sí misma se llama *rotación*, y se ejecuta en veinticuatro horas, *siendo la causa de la sucesión del día y de la noche.* — GAYOSO.

Biblioteca Nacional de Maestros



Las mareas

Voy a conduciros al puerto. ¡Qué sorpresa es la vuestra! ¡Qué desengaño! En lugar del admirable cuadro que os habíais figurado ver, un asqueroso espectáculo se ofrece a vuestros ojos. ¿Dónde está el mar?

Los estanques están secos; un cieno fangoso y negro exhala un olor fétido. Los buques, estas pintorescas construcciones, con sus palos y sus velas, están sentados sobre el lodo y como tirados allí en desorden por la tempestad. Todo es muerte, allí donde esperabais encontrar la vida más activa. Gritáis, me miráis admirados. — Venid, venid, amigos míos, huyamos de este lugar inmundo; dentro de algunas horas volveremos.

Después de almorzar, volvemos a la ciudad, y nos encontramos sobre el muelle.

Biblioteca Nacional de Maestros

Todo ha cambiado. Ahora sí que hay movimiento y vida.

Donde no había más que una infecta cloaca, encontramos ahora el agua tranquila y límpida. Aquellos buques echados tristemente en el fango se presentan ahora levantados majestuosamente, y los marineros se apresuran á cargarlos.

Algunos salen del puerto, partiendo para un viaje de mil miriámetros; otros llegan y aprovechan la altura de las aguas para dejar las mercaderías venidas de lejanos países. Desde la orilla se les saluda: á los unos se les desea un viento favorable; á los otros se les piden noticias de ultramar. Mil navecillas recorren en todos sentidos el canal de entrada y los varios estanques. El comercio y la industria son los móviles que dan actividad á toda una población; pero ¿quién ha producido un cambio tan repentino, que casi es un prodigio?—¿Quién ha traído, de pronto, á los estanques enjutos tanta agua? No lo adivinaréis, hijos míos: ha sido *la Luna*, ha sido *el Sol*.

Para explicaros cómo puede suceder esto, llenad un vaso de agua, esperad que ésta quede inmóvil, y echad en la superficie algunas pajitas. Éstas caen separadas, pero no lo esta-

Biblioteca Nacional de Maestros

rán mucho tiempo; veréis cómo se van acercando, precipitándose, cuando están a poca distancia, las unas sobre las otras: es que *naturalmente se atraen*. Lo mismo sucede entre el Sol y la Tierra y entre la Tierra y la Luna.

Así es como el Sol y la Luna atraen a la Tierra y son atraídos por ella; cuya acción se manifiesta más sensiblemente en las partes flúidas o sea en las aguas del mar. Cuando estos astros pasan por sobre su superficie, las aguas deben elevarse, y después de su paso vuelven a bajar. Este fenómeno toma el nombre de *marea ascendente* y *descendente* o de *flujo* y *reflujo*.

El Sol, por su atracción sobre el mar, hace que las aguas suban y bajen dos veces al día, y es lo que se llama *flujo* y *reflujo solar*. La Luna efectúa igual operación dos veces al día, luego hay también *flujo* y *reflujo lunar*. Estas dos mareas se combinan sin perjudicarse. Si coinciden, esto es, si los dos astros atraen al mismo tiempo, la marea es fuerte; esto sucede en los *plenilunios* y *novilunios*.

Si, al contrario, no coinciden, es decir, si la elevación de la marea lunar tiene lugar al mismo tiempo que el descenso de la marea solar, la marea es débil; esto sucede cuando la Luna está en el cuarto creciente o menguante.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS
Biblioteca Nacional de Maestros

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO	5
La fiesta escolar	7
El cuaderno de Andresito	11
La escuela	12
Poesía en prosa	14
El guía del ignorante	18
El nido	21
Al trabajo	24
El niño Luis y el perro Abel	29
Ayuda mutua	30
Fraternidad universal	32
No trabajamos sólo para nosotros	34
La solidaridad	39
Enseñar al que no sabe	43
El maestro de mi padre	46
En marcha	48
Llegada	49
Los recuerdos	53
La primera plana	57
Mi abuelita	59
Almorzando	63
El brindis	65
La despedida	67
La mudanza	69
La partida	72
La provincia	74
La patria	82
El Mundo	86
¡Ya estamos!	91
Enfermo	93
La causa del mal	95
Los alimentos y las bebidas	99
Respirar es vivir	106
Fin de vacaciones	110
El álbum de Andresito. — Tipos gauchos	112

Biblioteca Nacional de Maestros

	Páginas
El poncho y el chiripá	116
El antiguo gaucho	118
Un rancho	120
Los negros	122
El toldo	124
Sierra de la Ventana	125
El pampero	127
La yerba mate	129
A un ombú	131
El ombú	135
El asado del campo	140
La cocina	142
La industria hace 30 años	143
Viajes de antaño	146
Los chasquis	148
Puente del Inca	150
Los ríos	152
Mendoza moderna	154
Tucumán	156
El lago Nahuel Huapí	158
Córdoba en 1869	161
La travesía	163
En Salta	165
Las Salinas	167
Calingasta	169
El Chaco	171
Las Ruinas	173
Los Gigantes	175
Puerto Madryn	176
Quillangos	178
Indios Onas	180
Indio cazando focas	182
Un pueblo catamarqueño	184
La Rioja	186
La Pampa conquistada	188
Facundo y el tigre	192
Camalotes	196
La Tierra es redonda	201
El Sol y la Tierra	205
Las mareas	208

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

Biblioteca Nacional de Maestros

ALGUNAS PUBLICACIONES DE LA CASA

EL NENE, I, por don Andrés Ferreyra.

EL NENE, II y III, por don Andrés Ferreyra y don José María Aubín.

LA PALABRA, I y II, por don Ángel Graffigna.

LA MAMÁ, por don Carlos N. Vergara.

LA BASE, por don José A. Natale.

EL MOSAICO ARGENTINO, por don Juan B. Igón.

EJERCICIOS DE LECTURA, dos tomos, 1.ª y 2.ª parte, por don Francisco A. Berra.

AVENTURAS DE UN NIÑO, I y II, por don Andrés Ferreyra.

EL ARGENTINO, por don Mariano Pelliza, un tomo.

LECTURAS SOBRE HISTORIA NACIONAL, por don José María Aubín.

LA PATRIA, por don José Manuel Eizaguirre.

PRIMER LIBRO DE LA NIÑAS, por don José M. B. Maceda.

ANECDOTARIO ARGENTINO, por don J. M. Aubín, un tomo.

LECTURAS ARGENTINAS, por don Tomás E. Estrada-Ameno y Úriel, por la señora Carolina Freyre de Jaimes.

LECTURAS GEOGRÁFICAS Y HISTÓRICAS, por don José María Aubín.

LECTURAS SELECTAS, por don Calixto Oyuela.

LITERATURA AMERICANA, por don Martín Coronado.

EL DECLAMADOR, por don Pedro Arias.

PROSA SELECTA, I, II y III, por don E. G. Velloso.

EL ÁRBOL, por don Hugo Miatello.

EL LECTOR SUD-AMERICANO, I, II y III, por don Rafael Fragueiro.

Biblioteca Nacional de Maestros